

MIRA DE AMESCUA, ANTONIO (1574-1644)

NO HAY DICHA NI DESDICHA HASTA LA MUERTE

PERSONAS que hablan en ella son:

Don DIEGO Porcellos
Don VELA
El REY, don Ordoño II
El Rey don García
CARRASCO, criado
MONGANA, criado
Doña VIOLANTE, REINA
Doña LEONOR, dama
BRIANDA, criada
Dos SOLDADOS
Una ESPÍA

ACTO PRIMERO

Salen don VELA y PORCELLOS, con rodela, MONGANA y CARRASCO
suenan cajas

VELA:
Pienso que al arma han tocado.

PORCELLOS:
Las huestes de don García
tocan arma noche y día.

VELA:
Querrán tener desvelado
el real de don Ordoño.

PORCELLOS:
Bien pertrechados están.

VELA:
Paces o treguas harán

los rigores del otoño.

PORCELLOS:

Ya que en Castilla nacimos
y ha sido nuestra intención
servir al Rey de León,
pues hijos segundos fuimos
en nuestras casas, es bien
que en nuestra grande amistad
coronada de lealtad
segundo nombre nos des
de Pílates y de Orestes.

VELA:

Ya nos vieron semejantes
desde que fuimos infantes;
no digas, no manifiestes
con palabras el amor
que unido en lazos estrechos,
un alma informa en dos pechos
una vida y un valor.

PORCELLOS:

Pues las estrellas y Dios,
que sin Él, no hay astro alguno,
en amor nos hacen uno
con privilegios de dos.
No nos perdamos, no erremos,
don Vela nuestra venida.
Dividamos esta vida
que con un alma tenemos,
Don Ordoño y don García
hijos legítimos son
de Alfonso, Rey de León,
y pretenden este día
ambos el Reino. Y alegan:
don García, que es mayor;
don Ordoño, que al traidor
las cristianas leyes niegan
la corona, y que él lo fue
contra su padre de modo
que el derecho de ambos, todo
puesto en las armas se ve.
Y si agora quiere Dios
que muerto quede o vencido
el que hubiéremos servido,

perdidos somos los dos;
porque siendo como digo
es cierto que su favor
no ha de dar el vencedor
a quien sirvió a su enemigo.

VELA:

Ordenad, don Diego, vos
lo que habéis de hacer de mí.

PORCELLOS:

Mi parecer es que aquí
nos dividamos los dos.
Con arte se ha de ayudar
a la Fortuna y la suerte,
que aun siendo fatal la muerte
tal vez se suele excusar
con el ingenio y discurso.
No nos perdamos los dos.
Al un Rey serviréis vos
y yo al otro, y así el curso
de la rueda de la Fortuna
contrastar y detener
podemos; pues suele hacer
las mudanzas de la luna.
Si venciere vuestro dueño,
vos me ayudaréis después.
Mi amigo sois y no es
éste consuelo pequeño.
Si acaso venciere el mío,
para ser vuestro nací.
Fiaros podéis de mí
como yo de vos me fío.
Y así, con ingenio humano,
amor nos ha dividido,
porque estando uno caído,
el otro le dé la mano.

VELA:

Bien decís, que la amistad
para más satisfacción
en la misma división
nos da perpetua unidad.
Al hombre, naturaleza
los brazos ha dividido,
para que el uno perdido

otro ampare la cabeza.
El capitán que es prudente,
mezclando fuerzas con artes,
por no arriesgarse, en dos partes
suele dividir su gente
contra la suerte importuna.
En esto hallamos remedio,
pues cogemos en medio
la rueda de la Fortuna,
y a su correr y volar
con el paso presuroso,
como acostumbra, es forzoso
que en el uno ha de topar.

PORCELLOS:

¡A qué Rey queréis servir?
Vuestra elección es la mía.

VELA:

Yo serviré a don García.

PORCELLOS: Yo a don Ordoño; y decir
pudiera en esta ocasión
que mayor dicha me fuera
que vuestro dueño venciera,
porque más satisfacción
tengo de vos que de mí.
Y venciendo don García
pendiera la dicha mía
de vuestra mano, y así
más segura la tuviera
que si la adquiriera yo.
Aunque ya digo que no,
porque si dichoso fuera
con Ordoño, claro está
que si un alma en los dos vive,
ni es infeliz quien recibe
ni es más dichoso quien da.

VELA:

Ya vuestros brazos espero.

PORCELLOS:

De la amorosa razón
ha saltado el corazón
a recibirlos primero.

MONGANA:

Pues vemos estas finezas,
¿quiere que los dos seamos
dos monos de nuestros amos?

CARRASCO:

Y aun monas de las cabezas.

MONGANA:

Carrasco, mucho te quiero.
Cuanto tuviere, por Dios,
que ha de ser común de dos,
excepto moza y dinero.

CARRASCO:

Al cobrar nuestro salario,
vino y tabaco serán
tan de ambos, que no sabrán
cuál es dueño propietario.
No ha de haber cosa partida
entre los dos, de tal suerte
que engañemos a la muerte
cuando se engulla una vida.

MONGANA:

Voto a los rayos de Apolo
que si pendencia tenemos,
tan uno los dos seremos
que has de reñirlas tú solo;
y mientras riñes, bebiendo
estaré, para que asombre
que esté en dos partes un hombre
bebiendo a un tiempo y riñendo.

CARRASCO:

Serás gallina desde hoy.

MONGANA:

Si el valiente por guardar
su pellejo ha de matar,
Carrasco, valiente soy,
pues cuando guardo la vida,
mato la sed.

PORCELLOS:

Bien está.
Camino el tiempo abrirá;
cada ejército convida
a que mostremos los dos
nuestra sangre ilustre el ellos.

VELA:
Adiós, don Diego Porcellos.

PORCELLOS:
Amigo don Vela, adiós.

MONGANA:
Sin cumplimientos ni ruegos
nos haremos dos mosquitos.

CARRASCO:
Adiós, honra de coritos.

MONGANA:
Adiós, honra de gallegos.

Vanse don VELA y MONGANA

CARRASCO:
Pienso, señor, que has errado
en haber hecho elección
de Ordoño, Rey de León
es García; desterrado
Ordoño estaba en Galicia.
A quitarle el reino viene.
Difícil es, porque tiene
el mayor, mayor justicia.
PORCELLOS: Carrasco, de mí nació
el dividirnos; no fuera
puesto en razón que eligiera
lo que es más seguro yo.
Cuanto más, que nunca sabe
el hombre el mejor camino
de la dicha, porque vino
siempre acaso. No se alabe
de que el camino eligió
dichoso persona alguna,
que está la buena fortuna
donde menos se pensó.

CARRASCO:
Aquí viene Ordoño.

PORCELLOS:
Quiero
ofrecerle mi persona,
y déle Dios la corona
de un católico hemisfero.

Suenan cajas y salen el REY y SOLDADOS

REY:
¿Qué me aconsejas?

SOLDADO 1:
Señor,
que la batalla no des,
porque su ejército es
en las fuerzas superior.
Más gente y mejor armada
es la suya. Mi consejo
es retirarte.

REY:
Eres viejo.
Tienes ya la sangre helada.

SOLDADO 1:
No me culpes si perdieras
tu gente en esa maleza.

PORCELLOS:
Déme los pies, vuestra alteza.

REY:
Dime, soldado, ¿quién eres

PORCELLOS:
Don Diego Porcellos soy,
un hidalgo de Castilla,
que a tu servicio real
viene ofreciendo su vida.
Cuando es razón que en campaña
los castellanos te sirvan,
no era bien que se excusase
mi generosa familia.

Este nombre, este apellido,
de española sangre antigua,
Fénix es en mí. Yo solo,
sin que nadie me compita,
soy Porcellos, y así quiero
que nazca de mis cenizas
segunda vez este nombre,
y en España eterno viva.
A tan altos pensamientos,
a tan heroica osadía,
a tan bizarros deseos,
sólo tu nombre me anima.
Si yo en tu servicio mancho
esta acerada cuchilla
mezclando púrpura humana
en las ondas cristalinas
del Orbigo, si a tus pies
dichosamente derriba,
como un halcón bien templado,
la varia plumajería
de su hueste y los leones
coronados que iluminan
con los rayos de sus ojos
las banderas enemigas,
¿qué más gloria para mí?
¡Vive el cielo!, que me inclinan
sus estrellas a servirte;
y aunque es elección la mía
parece que la arrebatan
con una fuerza divina.
Ya en las guerras de Navarra,
ya en las fronteras moriscas,
negué al ocio y di experiencia
a mi hidalga bizarría.
Si a quien soy correspondí,
ajenas lenguas lo digan,
aunque no se alaba aquél
que informa de su justicia.
Esto he dicho porque alegre
vuestra majestad reciba
los deseos que mi alma
le consagra y le dedica;
y también porque he mirado
el real de don García
con atención. Y aunque agora
tiene gente más lucida,

como el nuestro aunque menor
dentro de una hora le embista,
segura está la victoria,
si va la caballería
en frente del escuadrón
y allí el bagaje camina.
Es la razón, porque el aire
nuestra ayuda solicita,
que en las espaldas nos da
tan fuerte que las encinas
de esas montañas arranca,
y siendo razón precisa
que en los ojos les dé el polvo.
¿Quién duda, quién desconfía
del vencimiento? Pues, ciegos,
no ha de haber quien nos resista.
Y en laberintos de polvo
pensarán que las altivas
escuadras de Xerxes son
las que gobierna tu dicha.
Demás de que siendo agora,
como vemos, medio día,
ganamos el sol, pues queda
sobre las más altas líneas
del auge, a nuestras espaldas;
y es fuerza que si declina,
crezca el viento, y los caballos,
partos de la Andalucía,
como son estas campañas
tierra blanda y arenisca
y las lluvias le han faltado,
formarán nubes que impidan
al ejército contrario
ánimo, fuerzas y vista.
Y si en esto, ¡oh, gran señor!,
natural filosofía
tiene crédito, yo he visto
que vuelan buitres por cima
de su ejército graznando
presagios de su ruina,
pues dicen los naturales
que mortandad adivinan.
¿Ea, pues! Insigne Ordoño,
Rey hasta aquí de Galicia,
y a quien el cielo y las aves
nuevos reinos pronostican,

manda que toquen al arma
y agora que no imaginan
los contrarios que has de darles
la batalla, porque miran
tus fuerzas inferiores,
a Fabio Máximo imita
que con el arte y la industria
abismos acometía
de escuadrones y de tropas.
Las victorias que publica
más celebradas la fama
son aquéllas que se quitan
al ejército mayor.
Sirva, señor, mi venida
de trompeta porque soy
rayo que Júpiter vibra,
furor que el cielo desata,
flecha que Marte fulmina,
prodigio que el mar aborta,
bomba que el fuego fabrica,
cuartana de este León,
timbre y blasón de Castilla;
y, lo que más es, señor,
soldado de tu milicia.

REY:

¡Vive Dios!, que no me dieran
más ánimo y alegría
las lanzas de los romanos
y las flechas de los Scitas.
Dame los brazos, Porcellos.

SOLDADO 1:

Agora llega una espía
del ejército contrario.

Sale el ESPIA

REY:

¿Qué hay de nuevo?

ESPÍA:

Que dos hijas
del Rey de Navarra vienen.
Violante con don García
se viene a casar; Leonor

la acompaña, y tanto fían
de su victoria que el Rey
quiere que en su tienda misma
las reciban, sin que pasen
a León. Y de Castilla
un gran soldado ha venido
que con razones incita
a que nos ganen el puesto.
Don Vela se llama.

PORCELLOS:

(Y brillan [Aparte]
en sus armas, envidiosos,
los rayos del sol).

REY:

Embista
nuestro ejército primero
al arma, y la infantería
siga a los caballos.

PORCELLOS:

¡Cierra,
pues la ocasión nos anima!

Vanse. Quédase CARRASCO

CARRASCO:

Estando llena de moros
España, ¿no es gran desdicha
ver ejércitos cristianos
manchar con su sangre misma
las campañas?

Tocan al arma

Ya acometen.

Todo es confusión y grita,
todo es horror. Unos y otros
a Santiago apellidan.
Entrar quiero en la batalla,
aunque el alma me lastima
ver en conflicto tan grande
que todos tengamos crisma.

Dase la batalla con orden y salen de dos en dos los que hablan

GARCÍA:

¿Cómo a tu hermano mayor
el reino le tiranizas?

REY:

Para vengar a mi padre
a quien tú en su misma vida
heredaste con violencia.

GARCÍA:

Eres traidor.

REY:

Es mentira.
Soy venganza de los cielos.

GARCÍA:

En vano, Ordoño, porfías.

Vanse. Salen CARRASCO y MONGANA

MONGANA:

Mongana soy, buen Carrasco,
¿cómo de veras me tiras?

CARRASCO:

No te conozco, ¡pelea!

MONGANA:

¿Cómo quieres tú que riña
con mis amigos?

CARRASCO:

Contrarios
somos ya. ¡Riñe, gallina!

MONGANA:

Ojalá que yo lo fuera
pues siéndolo, volaría.

CARRASCO:

¡Riñe, liebre!

MONGANA:

Si lo fuera

correr pudiera. ¿No miras
a don Vela, mi señor,
que mata, asuela y derriba?

CARRASCO:

¿Por qué no miras también
a Porcellos que es la grima
de tu gente?

MONGANA:

Vuelve el rostro.
Verás que vienen aprisa
marchando mil elefantes
con sus castillos encima.

CARRASCO:

¿Por dónde?

Vuelve el rostro

MONGANA:

¡Por el infierno!

Huye MONGANA

CARRASCO:

¡Ah, cobarde, allá caminas!

Vanse. Salen PORCELLOS y GARCIA

PORCELLOS:

Cuando todos van huyendo
de mi valor y mi furia,
¿tú me esperas? Ya es injuria
de la fama que pretendo.

GARCÍA:

Verás quien es don García,
alma y fuerzas de León.

PORCELLOS:

Bien merecerá perdón,
señor, quien no os conocía.

Retira la espada

De vos retiro la espada;
que siendo de buena ley
cortar no sabe en un rey,
porque es majestad sagrada.

GARCÍA:
No atribuyas a respeto
lo que fue temor. ¡Pelea!

PORCELLOS:
¿Hay respeto que no sea
temor también? Yo prometo
que miro en ti una deidad
tan oculta y superior
que animándome el valor,
me acobarda la lealtad.
Cuando no te coronara
timbre y laurel soberano,
solamente por hermano
de mi Rey te respetara.

GARCÍA:
Hombre que a Ordoño sirvió,
¿no ha venido contra mí?

PORCELLOS:
Contra tus soldados, sí;
contra tu persona, no.

GARCÍA:
Pues aquí viene soldado
con quien habrás menester
tu valor. Dale a entender
quién eres.

Sale don VELA buscando a su REY

VELA:
Iré a tu lado.

GARCÍA:
A animar iré mi gente.
Si ése vences, he vencido.

Vase el REY

PORCELLOS:

Si en su lugar has venido,
menester has ser valiente.

VELA:

Ya lo sentirás.

PORCELLOS:

¡Don Vela!

VELA:

¡Don Diego!

PORCELLOS:

Pésame a fe,
de encontrarte aquí.

VELA:

¿Por qué?

PORCELLOS:

Porque mi brazo recela
ofenderte, y la amistad
ha de estar con el honor
en lugar inferior,
y el honor es la lealtad.

VELA:

A nuestros reyes servimos
y amigos somos. ¿Qué haremos?

PORCELLOS:

La obligación que tenemos:
morir, porque a esto venimos.

VELA:

Será reñir contra mí.

PORCELLOS:

Yo pareceré soldado
o loco o desesperado
que se da la muerte a sí.
No podemos excusallo.
¡Viva mi Rey!

VELA:

¡Viva el mío!

PORCELLOS:

¡Oh, vasallo de gran brío!

VELA:

¡Oh, valor de gran vasallo!

Riñen un poco

PORCELLOS:

En dividirnos erramos.

VELA:

Encontrarnos fue desdicha.

PORCELLOS:

¡Qué mal buscamos la dicha!

VELA:

Pues, muramos.

PORCELLOS:

Pues, muramos.

Riñen otro poco

¿Estás, don Vela, cansado?

VELA:

Cuidado tengo de ti.

PORCELLOS:

Más mi amigo eres así;
que te quiero muy honrado.

VELA:

Casi por rendirme estoy.

PORCELLOS:

Eso no haremos jamás.
Tú porque en mi pecho estás;
yo porque tu imagen soy.

VELA:

Si nuestra la causa fuera,

rendirme yo fuera ley.

PORCELLOS:

Pues que sirves a tu Rey,
amigo, tu amigo muera.

VELA:

¿Quién ha visto tal crueldad?
Contra sí son los aceros.

PORCELLOS:

Dios y el Rey son los primeros;
después entra la amistad.

VELA:

Si morimos, fama y gloria
serán dos triunfos pequeños.

PORCELLOS:

El honor de nuestros dueños
consiste en nuestra victoria.

VELA:

Pues, amigo, pelear
hasta morir o vencer.

Tocan a retirar

PORCELLOS:

Si me matas, vengo a ser
más tu amigo.

VELA:

A retirar
han tocado.

PORCELLOS:

Ya los dos,
sin ser traidores, podemos
retirarnos.

VELA:

Retiremos.

PORCELLOS:

Pues, adiós amigo.

VELA:
Adiós.

Salen ORDOÑO y GARCIA vencido. MONGANA y CARRASCO también

REY:
Tus esperanzas vencí.
Rinde el ánimo también
o daréte muerte.

GARCÍA:
¿A quién
he de dar mi espada?

REY:
A mí.

VELA:
A tu lado estoy, señor,
que quiero morir contigo.

GARCÍA:
Ya no es tiempo, Vela amigo,
sino de mostrar valor
con la paciencia. Venció
quien menos razón tenía.
Ya soy sólo don García,
vencido y preso; Rey, no.

REY:
Rinde, soldado, la espada.

VELA:
Cuando mi Rey la ha rendido,
honra mía es ser vencido.
La defensa es excusada.
Dos fuertes cuchillas ves,
oh, vencedor soberano,
la de mi Rey en tu mano,
la del vasallo a tus pies.

REY:
Levanta esa espada, Conde.

PORCELLOS:

¿Quién ese nombre merece?

REY:

Sólo el que Marte parece
y a su sangre corresponde.

PORCELLOS:

Título es nuevo en España.

REY:

Nuevo es también tu valor.

PORCELLOS:

Los pies te beso, señor.

REY:

Tuya es la victoria; hazaña
digna de Porcellos es.
Nuevas honras darte quiero.
También es tu prisionero
ese soldado.

PORCELLOS:

Los pies
otra vez humilde beso.
Diez siglos te guarde Dios.

A VELA

Así seremos los dos,
tú mi dueño y yo tu preso.

MONGANA:

Este título de conde,
¿qué significa?

CARRASCO:

No sé.

MONGANA:

Conde, sin decir de qué,
honras son de viento.

CARRASCO:

¿Y dónde

piensas que estás?

MONGANA:

Donde acabo
la vida y llantos escucho.

CARRASCO:

No te desconsueles mucho;
que en efecto eres mi esclavo.

Tocan y sale un SOLDADO

SOLDADO 1:

La que Reina de León
vino a ser, llega a mediar
vuestras discordias.

GARCÍA:

Y a dar
a mis ojos más pasión.

Salen VIOLANTE, LEONOR, acompañamiento de camino

VIOLANTE:

Reyes famosos, ¿cuando a bodas vengo
hallo batallas entre dos hermanos?
¿Los tálamos dichosos que yo tengo
son tumbas y sepulcros de cristianos?
Cuando los labios con amor prevengo
para besar alegre vuestras manos,
debiendo ser unidas y trabadas,
¿en vuestra misma sangre están manchadas?
Cuando el yugo de bárbaros oprime
la cerviz española con tal brío
que parece que Júpiter esgrime
los rayos desatados del estío,
el Hispérico mar con horror gime
de ver que la corriente de ese río
en lágrimas y sangre el sendo lleve
debido en ondas de cristal y nieve.
Envaine la razón vuestra cuchilla,
corónense de paz vuestros deseos,
y desterrad los moros de Castilla,
si con sed anheláis de más trofeos;
que dilatando van desde Sevilla
su imperio hasta los altos pirineos

rompiendo con orgullo y prez bizarra
las antiguas cadenas de Navarra.
(Ni sé cuál es Ordoño ni García; [Aparte]
mas ya conozco al uno en la tristeza
y al otro he conocido en la alegría,
afectos que nos dio naturaleza
con que las almas hablan cada día).
¡Ea, señor!, aliéntase su alteza.
No ha de enseñar el que es varón constante
a la adversa fortuna mal semblante.
Estar alegre aquí fuera locura;
corto valor será mostrarse triste.
Un rostro has de mostrar y un figura
al bien y al mal si generoso fuiste.
Considera, señor, cuán poco dura
la dicha de los hombres. Monte viste
que columna del cielo ha parecido
y las olas del mar se la han sorbido.
El que ayer fue un imperio generoso
hoy es despojo vil de la Fortuna;
cadáver viene a ser lo más hermoso;
firmeza no ve el hombre en cosa alguna.
El que mísero ayer vivió envidioso
hoy trepa hasta la esfera de la luna,
y envidiado se ve; y dará mañana
escarmiento fatal. ¡Lástima humana!
Para morir con vos, y para amaros
o viviendo y muriendo, habré venido.
Del amor conyugal ejemplos raros
seremos a pesar de humano olvido.
Vuestra sombra seré, y acompañaros
pretendo, aunque este reino habéis perdido.
No me desposo yo con la corona,
¿qué reino como el alma y la persona?
Y a ti, crüel y bárbaro ambicioso,
que pretendes reinar tiranamente,
¿no hay un rayo del cielo poderoso
que fulmine ese pecho o lo escarmiente?
¿De qué sirve que estés vanaglorioso
si ves que la Fortuna es loca y miente?
Seguridad promete y nos engaña.
Hablen aquí los términos de España.
No llegues a triunfar de la victoria.
Las garras del León que tiranizas,
deshaciendo tu pompa y vanagloria
con roja sangre y pálidas cenizas,

en los anales borren la memoria
de tu renombre, y las espumas rizas
del mar del norte en piélagos crüeles
de fúnebre pasaje a tus bajeles.

REY:
Conde.

PORCELLOS:
¿Qué manda tu alteza?

REY:
¡Vive Dios, que causa amor
este singular valor,
esta celestial belleza!

PORCELLOS:
En Navarra la serví
de menino, y a mi ver
no hay más perfecta mujer.

REY:
¿Deidades son las que vi!

GARCÍA:
Señora, infelice ha sido
vuestro valor soberano,
pues que viene a dar la mano
a un hombre preso y rendido.
A ser Reina de León
salisteis de vuestra casa.
Ya habéis visto lo que pasa.
Vueltas de Fortuna son.

VIOLANTE:
No ha de decir en Castilla
que fui vana y ambiciosa.
Yo, señor, soy vuestra esposa.

GARCÍA:
¡Oh, valor! ¡Oh, maravilla
de las mujeres!

Vale a dar la mano

REY:

Detente,
porque con tu misma espada
la mano darás manchada
de tu misma sangre.

A PORCELLOS

Ardiente
es ya, Conde, mi pasión.
Dísela luego a Violante.
Su esposo seré y su amante;
postra a sus pies un León.

PORCELLOS:

Señora, si vuestra alteza
para ser de un rey venía,
no ha de ser de don García,
que será vana fineza.
Dulce cosa es el reinar;
hija de un rey no ha de ser
vasalla de otro, y tener
dueño que preso ha de estar
mientras viva. ¿Habrá ninguna
que desestime el valor,
que aborrezca al vencedor,
y desprecie la Fortuna?

VIOLANTE:

Don Diego, ¿tú me aconsejas
tal mudanza y elección?

PORCELLOS:

Si por un Rey de León
un hombre vencido dejas,
será mudanza bizarra.

A LEONOR

Ayúdame a persuadir,
bella Leonor.

LEONOR:

(Y a sentir [Aparte]
otra vez lo que en Navarra.
¡Ay, don Diego! ¡Ay, cruel amor!
Huyendo para olvidar

he venido a tropezar
otra vez en tu rigor).
Señora, ¿Ordoño no es
más galán y más valiente?

VIOLANTE:

¿Y que tú tan fácilmente
esos consejos me des?

GARCÍA:

¿No te ha bastado, tirano,
hacer traidora invasión
en el reino de León,
sino querer dar la mano
a Violante, y ver perdida
pompa de un rey y un amante?
Sin el reino y sin Violante,
¿para qué quiero la vida?
Salgamos a desafío
los dos. Determine el duelo
esta causa ya que el cielo
se muestra contrario mío.

REY:

A salir no está obligado
con su preso un rey así.

GARCÍA: Salga don Vela por mí.
Señala tú otro soldado.

REY:

Salga Porcellos.

VELA:

Mi Rey,
aunque el reino haya perdido,
el Rey legítimo ha sido
por naturaleza y ley.
Y es cierto que si la mano
Violante a mi Rey le da,
mujer de un rey se dirá
y no esposa de un tirano.

PORCELLOS:

Cuando la naturaleza
da los reinos eminentes,
el derecho de las gentes

da el imperio, y la grandeza
en las armas consistió;
y así es rey más celebrado
el que el reino ha conquistado
que aquél que el reino heredó.

VELA:

Esa fue sofistería
del ingenio, que no hubiera
en el mundo, si eso fuera,
ni traición ni tiranía.

PORCELLOS:

Si el vasallo con malicia
se opone a rey soberano,
decirse debe tirano,
no al que emprende con justicia.

VELA:

Y el pretender la mujer
tras el reino a su pesar,
¿cómo se podrá llamar?

PORCELLOS:

Accidente del poder.

VELA:

¿Y no es violencia?

PORCELLOS:

Aun no ha dado
la mano.

VELA:

Ya hay resistencia.

PORCELLOS:

¿Como puede ser violencia
mejorándola de estado?

VELA:

Yo lo contradigo.

PORCELLOS:

Aquí
lo estoy defendiendo yo.

Empuñadas las espadas, que ha vuelto don DIEGO a VELA la suya

VELA:

¿Y no es injusticia?

PORCELLOS:

No.

VELA:

Luego, ¿tienes razón?

PORCELLOS:

Sí.

VELA:

Pues así espero la palma.

PORCELLOS: Pues así me está debida.

Meten mano

VELA:

¡Ay, amigo de mi vida!

PORCELLOS:

¡Ay, amigo de mi alma!

VIOLANTE:

¿Y ésta es acción generosa?

Puesta en medio

LEONOR:

(Mi antiguo amor no consiente [Aparte]

un suceso indiferente
y una victoria dudosa).

Esperad, suspended luego

las armas; que en esto es

don García descortés

y poco bizarro, ciego

de su pasión. Di, García,

¿no querer que Reina sea

la que servirte desea

es amor? ¿Es bizarría?

¿Preso y vencido pretendes

mujer de tanto valor?

Las leyes rompes de amor.
La razón de amor ofendes.
Amar es querer el bien
de lo amado aunque haya sido
con daño propio.

GARCÍA:

Vencido
soy de tu razón también.
Dueño no se ha de llamar
de la divina Violante,
ni merece ser su amante
un hombre particular.

De rodillas

Yo suplico a vuestra alteza
que, pues a ser Reina vino,
siga la ley del destino
esa singular belleza.

VIOLANTE:

A nadie fuerza esa ley.

Levántale

No esté así, que en mi opinión
tiene más estimación
nacer rey que morir rey;
porque, sin duda ninguna,
superior es la grandeza
que da la naturaleza
a la que da la Fortuna.

PORCELLOS:

¿Qué determinas, señora?

VIOLANTE:

Dudo y temo.

PORCELLOS:

¿Qué es dudar?

¿Qué es temer?

VIOLANTE:

Es conservar

mi opinión.

PORCELLOS:
Piérdese agora.

VIOLANTE:
¿Yo, ambiciosa?

PORCELLOS:
No, es peor.

VIOLANTE:
¿Qué? Prosigue.

PORCELLOS:
Que se diga
que es amor el que te obliga.

VIOLANTE:
No, siendo honesto el amor.

PORCELLOS:
¿Y la ambición es defecto
en la que es sangre real?

VIOLANTE:
Defecto fue natural.

PORCELLOS:
Luego llamaráse afecto.

VIOLANTE:
¿Qué importa que afecto sea?

PORCELLOS:
Ser más lícito.

VIOLANTE:
¿Por qué?

PORCELLOS:
Porque es propio.

VIOLANTE:
Impropio fue.

PORCELLOS:

¿Cuándo?

VIOLANTE:

Cuando se desea.

PORCELLOS:

Ya es valor.

VIOLANTE:

¿Cómo valor?

PORCELLOS:

¿No es valor noble deseo?

VIOLANTE:

Un reino es breve trofeo.

PORCELLOS:

¿Para quién?

VIOLANTE:

Para el amor.

PORCELLOS:

¿Luego amaste?

VIOLANTE:

Al que tenía
por dueño, sí, que conviene.

PORCELLOS:

Muda objeto. ¿Qué más tiene
que don Ordoño don García?

VIOLANTE:

El haber sido primero.

PORCELLOS:

Como rey le imaginaste.

VIOLANTE:

Es verdad.

PORCELLOS:

Pues, rey hallaste.

VIOLANTE:
Dices bien, pero...

PORCELLOS:
No hay pero.
Reina has de ser de León.

VIOLANTE:
Ya me tienes convencida.

PORCELLOS:
Déte el cielo larga vida.

REY:
¿Quién la venció?

PORCELLOS:
La razón.
Ya es tuya aquella hermosura.

Están desviados los REYES y ellos en medio

REY:
Y tú, don Diego, has de ser
el jüez y canciller
de mis reinos.

PORCELLOS:
Soy tu hechura.

REY:
Hasta agora no vencí,
porque el fin de la victoria
es el triunfo y es la gloria,
y ésa Violante, está en ti.

VIOLANTE:
Ya, señor, que esto ha de ser;
en mi mano hallaréis vos
fe y amor.

Vale a dar la mano y cae VIOLANTE

¡Válgame Dios!
¿Esto es casarse o caer?

LEONOR:
Mal agüero.

PORCELLOS:
Es error vano.
No hay agüeros.

REY:
Esto ha sido
que mis brazos ha pedido
tu amor al darte la mano.
Y de aquella sujección
que has querido, te levanto
con el matrimonio santo
a ser dueño de León.

VIOLANTE:
¡Ay, Leonor, cómo he temblado!

LEONOR:
¿Cuándo tú sueles temer?

REY:
Cuando gano esta mujer,
este reino, este soldado,
para mí es felice día.

Entrándose a la puerta

GARCÍA:
Por ti sólo, amigo, siento
en mi desdicha tormento.

VELA:
Tu mal siente el alma mía.

A PORCELLOS

LEONOR:
Aun vive mi voluntad.

PORCELLOS:
Tuyo soy y tuyo fui.

VELA:

Don Diego, acordaos de mí.

PORCELLOS:

Sagrada fue la amistad.

VELA:

Y desdichada mi suerte.

PORCELLOS:

Ningún sabio se ha llamado
dichoso ni desdichado
hasta que llega la muerte.

Como van hablando se van entrando de modo que desde una puerta a otra se dice este fin

ACTO SEGUNDO

Salen el REY don Ordoño y PORCELLOS

REY:

Después que el reino poseo
con imperio singular,
por tenerte más que dar
tener más reinos deseo;
que como vives en mí
una misma cosa fuera
que para mí los tuviera
o tenerlos para ti.

PORCELLOS:

A tantas obligaciones
responda por mí el silencio.
Tu esclavitud reverencio;
hierros en el alma pones.
Mas ya que está generoso
una merced me has de hacer,
para que yo pueda ser
de todo punto dichoso.
Sírvate don Vela, que es
el más noble caballero
de Castilla.

REY:
Consejero
sois de mi estado, Marqués.

PORCELLOS:
Títulos has inventado
para darme. ¿Partiré
con él, gran señor?

REY:
A fe,
que me dan nuevo cuidado
los moros de Andalucía.

PORCELLOS:
Ya que servirte no quieres
de don Vela, si le hicieras
algunas mercedes, fía
que serán agradecidas
de los castellanos luego.

REY:
Burgos es vuestra, don Diego.

PORCELLOS:
Déte edades repetidas
el cielo, que ha coronado
de dicha tu majestad;
pero, señor, la amistad
me obliga a ser porfiado.

Vase el REY y tras él PORCELLOS

Vuélvase libre a su tierra
don Vela, y preso no esté
un hombre ilustre que fue
rayo fatal en la guerra

A la puerta

REY:
Volver quiero para dar
satisfacción al deseo
con que anhelando te veo
por vencer y porfiar.

¿Don Vela es muy noble?

PORCELLOS:

Sí.

REY:

¿Con qué amor y bizarría
el que sirvió a don García
me podrá servir a mí?
Siendo noble, claro está
que viendo preso a su Rey
no me ha de servir con ley.
Siempre a su dueño tendrá
más inclinación, y darle
la libertad no conviene;
que si amor a su Rey tiene,
ha de procurar sacarle
de la prisión en que está
como noble y de valor.
Y así, don Diego, es mejor
que esté preso. Bastará
por merced que tú le tengas
con su homenaje en León.
Tu casa es noble prisión;
si anda libre, no prevengas
más honra, más libertad.
Si en mi servicio reparas,
hasta tocar en mis aras
ha de llegar tu amistad.

Vase el REY

PORCELLOS:

Entre dos imanes sigo
la luz de un norte pequeño,
entre el gusto de mi dueño
y el provecho de mi amigo.
Partido está el corazón
y vivo estando partido,
porque milagros han sido
de amistad y obligación.

Sale don VELA

VELA:

Amigo y señor, ¿podré

dar a mi mismo cuidado
parabién de que ha llegado
mi libertad?

PORCELLOS:

No lo sé
porque haciendo los dos
un cuidado y un tormento
con el grave sentimiento
ni sé de mí ni de vos.
Sé a lo menos estos días
que en fortunas tan siniestras
mis mercedes serán vuestras
y vuestras prisiones mías.

VELA:

Pues, ya, amigo, no pretendo
libertad. Otra prisión
padece mi corazón.

PORCELLOS:

Declárate, no te entiendo.

VELA:

Leonor hermosa es su dueño
y ojalá de César fuera
para que imperios le diera.
Aunque él es mundo pequeño,
preso pobre, y desdichado,
¿quién dijera que podía
tener tan alta osadía?
Parece que te has turbado.
Si amas, don Diego, al momento
abrasaré mis antojos,
negaré luz a mis ojos,
borraré mi pensamiento.

PORCELLOS:

No, amigo, pero sentí
que ames imposibles.

VELA:

Hoy
sólo en esto feliz soy.
Favores tengo.

PORCELLOS:

(¡Ay, de mí!) [Aparte]

VELA:

Pienso que mi amor te inquieta.

PORCELLOS:

No, el favor me maravilla.

VELA:

¿Conoces una esclavilla
que por hermosa y discreta
es el gusto de Leonor?

PORCELLOS:

Sí, la conozco.

VELA:

Ella ha sido
la que un papel me ha traído.

PORCELLOS:

Eso es ya más que favor.

VELA:

Ella sale, yo me voy.
No piense que te he contado
este amoroso cuidado
viendo que tu amigo soy.

Vase don VELA

PORCELLOS:

¿A quién habrán sucedido
a un mismo punto dos muertes?
Vela, troquemos las suertes.
Sea yo el favorecido
de Leonor y tú del Rey.
Amé a Leonor y pensaba
que amado también estaba.
Olvidar debo, que es ley
de la amistad. Declaró
su amor y dicha conmigo.
Fue primero, soy su amigo.
Mi lengua y ojos selló.
Mas si ya tiene favores,

¿Cómo Leonor me ha engañado?
Pene y calle mi cuidado
sin celos y sin rigores.

Salen LEONOR y BRIANDA

BRIANDA:
Señora, el Conde está aquí.

LEONOR:
Bien al alma lo decía
una secreta alegría
que antes de verle sentí.
¡Don Diego, amigo!

PORCELLOS:
Ese nombre
ya es indigno de tus labios.
No injurias, no, con agravios
merecimientos de un hombre.
(¿Qué digo? A don Vela ofendo [Aparte]
si su secreto publico.
Si mis celos significo,
también su agravio pretendo.
¿Qué he de hacer? Sólo no hablar.
¿Qué he de hacer? Sólo sentir.
¿Qué he de hacer? Sólo morir.
Sentir, morir y callar
cosas son que han menester
fortaleza y discreción.

LEONOR:
¿Qué accidente, qué pasión
te divierten del placer
que en mi presencia tenías?

PORCELLOS:
Siempre estuve en tu presencia
con respeto y reverencia.

LEONOR:
¿Cuándo, don Diego, solías
hablar tú con sequedad?
¿Tú no me llamabas dueño?
¿Cómo me miras con ceño?
¿Es mudanza? ¿Es gravedad?

PORCELLOS:

Es desdicha y es respeto,
es ley y es obligación.
(¡Ah, fuerza de mi pasión!
¡Ah, fuerza de su secreto!) [Aparte]

LEONOR:

¿Respeto y desdicha han sido
los que causan tu mudanza?

PORCELLOS:

No hay amor sin esperanza;
donde hubo amor, hay olvido.

LEONOR:

¡Que lenguaje tan grosero
y tan extraño de ti!

PORCELLOS:

(Perdido dentro de mí, [Aparte]
como en un desierto, muero.
Por vía de dar consejo,
con la amistad cumpliré,
con mis celos y mi fe.
Ni lo digo ni me quejo).

La REINA a la puerta oyendo

Señora, no he merecido
el bien y favor pasado.
Mejórate de cuidado
y perdona si atrevido
te doy consejo. En León
hay varones singulares
que abrasen en tus altares,
víctimas del corazón.
Estima a alguno por quien,
de la mejora del gusto,
de lo acertado y lo justo,
te vengo a dar parabién.
Vela atenta en tu cuidado,
vela bien en tu deseo,
vela en tu mejor empleo.
(Ya lo he dicho y lo he callado). [Aparte]

Vase don Diego PORCELLOS

LEONOR:
¿Qué dices?

BRIANDA:
(Culpas son mías; [Aparte]
amores y engaños son
de mi mala condición).

LEONOR: Ingrato, esas villanías
bien merecidas están
de aquella que favorece
hombre que no lo merece.
¿Agradecimientos dan
los hombres de esta manera
a quien los ama y adora?

BRIANDA:
La Reina está aquí, señora.

LEONOR:
Para que callando muera...

Sale le REINA

REINA:
Esto importa remediar.
Entra, Brianda, a pedir
recado para escribir.

BRIANDA:
(Miedo tengo y no pesar [Aparte]
de lo hecho. Amo a don Vela,
y así, en nombre de Leonor
le engaño con mi favor.
El amor todo es cautela).

Vase BRIANDA

REINA:
Quisiera no haber oído
los enojos con que estás,
aunque nunca oyera más,
aunque perdiera un sentido.
¡Qué mejor le hubiera sido
a quien oyó la sirena

nacer sordo si en la arena
el alma deja en despojos!
¿De qué nos sirven los ojos
si es el ver para más pena?
¿Tú confiesas que has amado
y tú favores confiesas?
¿Son propias acciones ésas
de quien la sangre ha heredado
de reyes que han coronado
sus escudos de leones?
¿Cuándo a villanas pasiones
se abatió cual mariposa
el águila caudalosa
coronada de blasones?
Leonor, Leonor, aunque sea
honesto el amor, lo debe
cubrir con montes de nieve
la que ser buena desea.
Si el Conde te galantea,
consentirlo tú y callar
por favor pudo bastar.
Pero amor, quejas y agravios
ni al corazón ni a los labios
los debe el alma fiar.

LEONOR:

Negarte lo que has oído
fuera loco atrevimiento.
Amé en Navarra.

REINA:

Ya siento
el disgusto repetido,
que negarlo hubiera sido
respeto y virtud más clara;
y negando se repara
lo que a saberse comienza;
que es ramo de desvergüenza
el confesar cara a cara.

Sale BRIANDA con recado de escribir

BRIANDA:

Aquí está la escribanía.

REINA:

Déjala en ese bufete,
porque quiero escribir. Vete.

BRIANDA:

(¡Oh, si ya volase el día, [Aparte]
para hablar con esperanza
al que mi amor engañó!
Cautivo está como yo;
amor da la semejanza).

Vase BRIANDA

REINA:

Lo que yo dictaré, escribe.
Quiero enmendar tus errores,
borrar quiero los favores
que el Conde de ti recibe.

LEONOR:

Un error tan acertado
difícil es enmendar.
(Y mal se pueden borrar [Aparte]
favores que amor ha dado).

REINA:

Meditar se debe el modo
de escribir este papel.

LEONOR:

(Y plega a Dios que con él [Aparte]
no vengas a errarlo todo).

El REY don Ordoño a la puerta

REY:

La Reina está con Leonor.
Escribir querrá a Navarra.
¡Ah, mujer cuerda y bizarra,
dulce objeto de mi amor!
Desde aquí pienso mirarte;
rayos tus ojos serán.
Desde aquí soy tu galán;
a hurto quiero adorarte.
Una cadena y rubí
que el Rey de Toledo, Azar,
me envió, te vengo a dar.

¿Qué imperio no es para ti?

LEONOR:

¿Haslo ya pensado?

REINA:

Di...

REY:

Al Rey su padre responde.

REINA:

"Conde Porcellos"...

REY:

¿Al Conde
escribe la Reina? Sí,
algo le querrá mandar.

LEONOR:

"Porcellos"...

REINA:

"...si te he estimado..."

REY:

Discretamente lo ha honrado;
ella me quiere imitar.

LEONOR:

"Amado"...

REINA:

¡De esa razón
tu loca pasión colijo!
"¡Amado!" La boca dijo
lo que está en el corazón.
"Estimado", dije.

LEONOR:

Así
va escrito.

REY:

Bien lo advirtió.
Aun el eco la ofendió.

¡Qué honestidad!

REINA:
Por aquí
ese papel no va bueno.
Otro toma.

REY:
¡Qué atajada
se ve la mujer honrada!
Escribiendo a un hombre ajeno
todo es recato y temor,
todo es pesar y medir
la razón que ha de escribir,
porque no parezca amor.

REINA:
"Conde don Diego Porcellos",...

REY:
Dejarla quiero, mas no,
que quizá es cosa que yo
a su instancia he de hacer.

LEONOR
"...cellos".

REINA:
"No niego que te he estimado
y que favores te di..."

REY:
¡Dios me valga! ¿Estoy en mí?
¡Oh, necio desconfiado!
¿Los reyes no favorecen?
De estos favores hablé,
claro está.

LEONOR:
"...di..."

REINA:
"...pero yo
siempre te amé..."

REY:

Aquí padecen
ilusiones mis oídos,
engaños mi entendimiento,
mi corazón desaliento,
miedo y horror mis sentidos.
¿Cómo es esto? ¿Yo dudar?
¿Yo temer? Mas, ¡qué imprudencia!
¿Por qué no tenga paciencia
para atender y escuchar?

LEONOR:

"Amé..."

REINA:

"...con sola intención
de no pasar adelante".

REY:

¿Qué es lo que escucho?

REINA:

"Y tú, amante
atrevido, ¿aún en León
pretendes más mis favores?"

REY:

Pasos a mi muerte doy.
Herido de un rayo estoy.
Aspides piso entre flores.

REINA:

"Ama en otra parte, pues;
no me mires ni me escribas".

REY:

Ya son injurias más vivas.
Parasismo fatal es
el que siento. Pero mienten
mis oídos. Ilusiones
son de equívocas razones.
Mienten mis ojos; no alienten
contra mí mortales flechas.
Vive Dios que estoy corrido
de que hayan en mí cabido
sombas de viles sospechas.
El Conde fue mi trofeo.

La Reina es ángel divino.
Miento yo si lo imagino.
Mataréme si lo creo.

Vase el REY

LEONOR:
Acabemos ya, señora,
que atormentándome estás.

REINA:
No quiero que escribas más.
Quédese el papel agora.
Peor será que tu letra
llegue a sus manos, y así
tú misma te enmienda a ti
con mi ejemplo. Mal penetra
su obligación quien no sabe
disimular sus pasiones
y dirigir sus acciones
a virtud con rostro grave.
Los libros de devoción
de noche me has de leer.
Borrar quiero y deshacer
esa fácil impresión
de tus afectos.

LEONOR:
Señora,...

REINA:
No repliques; sangre mía
no tendrás si bizarría
no muestras al Conde agora
en desprecios. Si crüel
no rompes amantes lazos,

Rompe el papel la REINA

yo misma te haré pedazos
más que he hecho a este papel.
No puedo, no, consentirlo,
soy esquiva y singular.

LEONOR:

¿Tanto delito es amar?

REINA:

Tanto delito es decirlo.

Vanse las dos. Salen CARRASCO y MONGANA

CARRASCO:

¿Cómo no me ve, Mongana?
Una vez de cuando en cuando
véame; que yo le mando
un vestido.

MONGANA:

Esta villana
Fortunilla me ha cansado.
¡Qué grosera es y qué necia!
¡Cuántos méritos desprecia!
¡Cuántos sin partes ha honrado!

CARRASCO:

Envidia, envidia común,
es tal queja y tal razón
de los que bribones son.

MONGANA:

No se acaba el mundo aún.

CARRASCO:

¿Qué es aún?

MONGANA:

¿Aún no podemos
hablar bien los pobres?

CARRASCO:

No.

MONGANA:

Sólo está este parque, y yo
vengo picado. Juguemos,
Carrasco, y la gravedad
quédese a un lado esta tarde.

CARRASCO:

Juguemos, aunque me aguarde
el Rey.

MONGANA:

¿Quién?

CARRASCO:

Su majestad.

MONGANA:

¡Pícara dicha importuna!

¿Eso veo y sin remedio?

¿Qué he de ver con ojo y medio
sino tuertos de Fortuna?

CARRASCO:

Tiende tu capa en el suelo.

MONGANA: ¿Es porque está más roída?

Hela aquí; que está tendida

y en efecto me consuelo

que hace calor.

CARRASCO:

¿Qué caudal

alcanza, Mongana?

MONGANA:

Aquí

sacaré cuanto hay en mí.

CARRASCO:

Y sacará un hospital.

Ahora bien, el naipe es mío.

Pare Mongana.

MONGANA:

Esta espada

como el sombrero me enfada.

Quítasele todo MONGANA

CARRASCO:

Pues perderá, yo lo fío.

MONGANA:

¿Dicha hasta aquí se promete>
¡A dos y dos!

CARRASCO:
Cobarde es,
sota y rey.

MONGANA:
Una, dos, tres.
¡Ay!, cuatro cinco, seis, siete.
Doblé mi parte.

CARRASCO:
¿Y celebra
de esa manera el ganar?
¿Cómo tengo de jugar
si así un rosario me enebra
de pintas?

Arroja los naipes y mientras los recoge MONGANA, se va CARRASCO
con todo

MONGANA:
No regañemos.
Ni arroje naipes, soez.
Yo los cogeré esta vez,
y con paciencia juguemos.
¿Por una suerte los muerde
y gruñe más que un lechón?
Naipes, tened compasión
de un desdichado que pierde
eternamente. Mi parte
dejé doblada. Un real
era todo mi caudal.
Dos he de hallar. De este arte
pudiera medrar. ¿Qué? ¿Qué?
¿Espada, capa, sombrero,
mi dinero y su dinero?
¡Ah, Carrasco! Él se me fue
con todo. ¡Demonio! ¡Caco!
¡Ah, señores, por mi amor!
¿Hay quién me enseñe una flor
para ganar a un bellaco?
¡Que sea yo tan pobrete
y bestia tan desmañada
que no sepa la puñada,

las niñas ni el panderete!

Sale don VELA

VELA:

(Acaba ya de llegar, [Aparte]
noche, de la luz trofeo,
agradéceme el deseo,
pues te sé lisonjear.
En este parque te espero
como quien te desafía.
Sepulten la luz del día
los mares de este hemisferio).

MONGANA:

Mi amo es éste. ¿Qué he de hacer?
Que parezco jugador
de pelota o nadador,
el juicio he de perder.
Al agua me he de arrojar.

Échase en el suelo y hace que nada en el tablado

¡Oh, qué buena está y templada!
¡Fu, fu! Lindamente nada
quien nada sabe ganar.
A la garganta me llega;
no nada el cisne mejor.

VELA:

¿Estás loco?

MONGANA:

Sí, señor,
y aun borracho. Hombre que juega
sin ramilletes de flores
no es hombre de habilidad.
Pégasme la adversidad,
que sólo dan los señores
su desdicha a los criados.
Vete, pesia a mi linaje,
de León.

VELA:

¿Y el homenaje?

MONGANA:

¿A dónde más desdichados
que aquí?

VELA:

No me has de llamar
infeliz de esa manera.
En palacio hay quien me quiera.
Ya anochece y he de hablar
a cierta dama.

MONGANA:

¿Quién es?

VELA:

No lo has de saber.

MONGANA:

Reviento
por saberlo y aun lo cuento
desde agora.

VELA:

Toma, pues,
tu capa.

MONGANA:

¿Qué capa?

VELA:

(Espero,
dulce amor, en la estacada).
Toma tu espada.

MONGANA:

¿Qué espada?

VELA:

Cúbrete.

MONGANA:

¿Con qué sombrero?

VELA:

¿Jugaste?

MONGANA:

Y están perdidos.

Di, ¿quién es la dama ya?

Alguna dueña será,
viuda de siete maridos.

VELA:

Pues, necio infame, decid:

¿La espada se ha de jugar?

¿Cómo habéis de acompañar?

MONGANA:

Con piedras como David.

Vase MONGANA. Sale PORCELLOS

PORCELLOS:

(Vientos que movéis las flores [Aparte]

de este parque sin sosiego,

templad agora mi fuego

y llevadme los rigores

del pensamiento. Templad

y haced apacibles sean

tres cosas que en mí pelean:

celos, amor y amistad).

VELA:

¿Es don Diego?

PORCELLOS:

Amigo mío,

es el que vuestro ha de ser.

El aura vengo a coger

de este parque hermoso y frío.

VELA:

Yo, amigo, vengo a esperar

la noche que va llegando.

Amando estoy y esperando;

a Leonor tengo de hablar,

porque así me lo mandó

en este papel. No sé

si a leerlo acertaré

como la luz se ausentó.

PORCELLOS:

Distintamente se ven
las letras. (En hielos ardo). [Aparte]

Lee

"Vela, esta noche os aguardo"...
Considera, amigo, bien
que ésta no es su letra. (Y yo [Aparte]
penas del alma desato).

VELA:
Quizá para más recato
la letra disimuló.

PORCELLOS:
Pudo ser. (Vuelva mi pena [Aparte]
a afligir mi corazón).

VELA:
Ya que está de confusión
y sombras la noche llena,
amigo Conde, perdona,
¿este puesto guardarás?

PORCELLOS:
No te negaré jamás,
vida, caudal y persona.
(¿A qué de cosas me obligo [Aparte]
de dudas y de tormento?
Y sólo siento que siento
los amores de mi amigo).

Sale el REY don Ordoño por el otro lado

REY:
(Ni el corazón en mi pecho, [Aparte]
ni yo en mi casa he cabido.
A los campos he salido
a dar voces a despecho.
De mi recato y decoro
oiga la noche mi llanto.
¡Que un hombre que estimo en tanto
y una mujer que yo adoro
puedan ofenderme! Error
será de mi fantasía.
¿Y la Reina notaría

aquel papel a Leonor
para el Conde y quizá
la sirve y galantea?
Esto fue, y aunque no sea,
me he de vencer y será).

Sale BRIANDA a la ventana

PORCELLOS:
Ya abrieron esa ventana.
Leonor será.

VELA:
Llego, pues.

REY:
(Aquí hay gente. Galán es [Aparte]
de alguna dama).

PORCELLOS:
(Inhumana [Aparte]
es la Fortuna conmigo,
que ha dado pies de pavón
a mi bizarra ambición
en la envidia de un amigo).

VELA:
¿Es Leonor la que al aurora
ha anticipado?

BRIANDA:
Leonor
es la que os habla, señor,
y Leonor la que os adora.

REY:
(Leonor pienso que nombró). [Aparte]

PORCELLOS:
(Adora dijo. ¡Ay, de mí! [Aparte]
si no es que bien no entendí,
ella en efecto olvidó).

REY:
(Oír quisiera si es ella). [Aparte]

VELA:

Mi Leonor, si os he obligado,
diré que no me ha olvidado
de todo punto mi estrella.

REY:

("Mi Leonor", dijo sin duda. [Aparte]
¡Oh, si fuese éste don Diego!
Dame, noche, tu sosiego;
habla por mí, noche muda).

BRIANDA:

Don Vela, testigos son
los cielos de mis favores.

REY:

(¿"Don Vela" ha dicho? ¡Ah, rigores [Aparte]
de mi pena y confusión!)

PORCELLOS:

(Un hombre está allí parado. [Aparte]
A reconocerle voy,
que yo mismo ampara soy
de mi injuria y mi cuidado).
Caballero, en cortesía
pedirle y rogarle quiero
que desocupe el terrero.

REY:

(Cierto es la desdicha mía, [Aparte]
que no es quien habla a Leonor
Porcellos. Antes le guarda
las espaldas. ¡Oh, bastarda
naturaleza de amor!
Quiérole bien, ¿y me ofende?
Mataréle).

PORCELLOS:

Caballero,
pues otro llegó primero,
váyase si no pretende...

REY:

(Él es. No quiere a Leonor,
y pues al otro acompaña,
aquí hay traición. No me engaña

mi sospecha. Lo mejor
es retirarme y pensar
bien mis dudas y sospechas.
Agravio, detén tus flechas,
afloja el arco al pesar).

Vase el REY

BRIANDA:

Don Vela, como es temprano,
anda gente en el terrero,
Más tarde y otra noche espero.

Vase BRIANDA

VELA:

Adiós, ángel soberano.

PORCELLOS: (Mal hice en no conocer [Aparte]

quién era, que un poderoso
fuerza es que tenga envidioso.

Mi enemigo puede ser.

Sígole).

Vase PORCELLOS y sale MONGANA con un asador, embozado con una rodilla
y una cazuela por sombrero

VELA:

¿Quién va? ¿Quién es?

MONGANA:

Un fiel criado que tienes.

VELA:

¿Cómo de esa suerte vienes?

MONGANA:

Vengo del modo que ves

a guardarte las espaldas.

por si te buscan traidores.

¿Qué te han dado?

VELA:

Mil favores.

MONGANA: Más valieran esmeraldas,

y aun cuartos. Yo lo primero

que en las cocinas topé,

me vestí, por qué no sé,
de espada, capa y sombrero.

VELA:

Esa es gracia necia y fría.

MONGANA:

¿Yo gracejo para mí?
Si no me vistes, así
te he de acompañar de día.
¿Quién es la dama tan blanda
que quiere a un pobre?

VELA:

Es un cielo.

MONGANA:

Bien lo mereces. Sabrélo
aunque muera en la demanda.

Vanse MONGANA y don VELA. Sale el REY

REY:

Poned las luces ahí
y dejadme solo. (Estoy [Aparte]
tan fuera de mí que soy
una sombra del que fui.
¿De qué me sirve reinar
si mi poder es tan breve
que el agravio se me atreve
como a hombre particular?
Y en medio de este tormento
lo que más he de sentir
es el no poder decir
a ninguno lo que siento).
¡Hola!

Sale PORCELLOS

PORCELLOS:

¿Señor?

REY:

Conde, amigo.

PORCELLOS:

No me honréis así, señor.

REY:

(¿Vos contra mí? ¿Vos traidor?
Yo me engaño, sombras sigo.
¿Contra mí mi propia hechura?
No puede ser. ¿Contra mí
hombre a quien el ser le di?
No puede ser. Es locura.
¿Contra mí, atrevido vos,
levantándoos yo del suelo?
Mas, ¿qué mucho si en el cielo
sucedió lo mismo a Dios?
Vencerme tengo y en vez
de matarle, le daré
esta cadena que fue
hermoso labor de Fez).
Dos joyas me han presentado.
Ésta, don Diego, es la una.
Con vos parto.

PORCELLOS:

A mi fortuna
estoy, Rey, muy obligado.

REY:

Decid al merecimiento
y a mi amor.

PORCELLOS:

Prendas de esclavo
son las cadenas.

REY:

Alabo
la humildad y el rendimiento.
Don Diego, dime verdad.
¿Amas?

PORCELLOS:

Señor, galanteo.
Doy prisiones al deseo
y enfreno la voluntad.
Que amaba podré decir
y mi dama está crüel.
Muerte me ha dado un papel.

Fuerza es no amar y sentir.
Un papel que hoy he leído,
aunque no era de su letra,
vida y alma me penetra.

REY:

(¿Qué escucho? Estoy sin sentido). [Aparte]
Si de su letra no fue,
¿cómo recibes pasiones?

PORCELLOS:

Eran suyas las razones.

REY:

(Mis dudas averigüé.
"Un papel que hoy he leído, [Aparte]
aunque no era de su letra,
vida y alma me penetra".
Ello está bien entendido.
La letra fue de Leonor,
de la Reina las razones.
¿Qué quiero? ¿Más prevenciones?
Disimulemos, rigor).
Conde, casaros deseo.
Leonor mi prima ha de ser,
si gustáis, vuestra mujer.

PORCELLOS:

(En gran turbación me veo.
Decir quisiera de sí.
En medio don Vela está,
y si favores le da,
me ofendo también a mí.)
Sí, gustara yo, señor,
y agora estoy de tal arte
que... mas no.

REY:

Si en otra parte
tenéis, don Diego, el amor,
no os casaré, no os turbéis.

PORCELLOS:

Amo y para no agraviar
a un amigo, el olvidar
es forzoso.

REY:
Bien hacéis
y bien claro habéis hablado.
Idos y pensadlo bien.

PORCELLOS:
Vida los cielos os den.

Vase PORCELLOS

REY:
No os casáis. No vais turbado.

Sale la REINA

REINA:
Rey, señor y dueño mío,
veros mis ojos desean.
No os he visto en todo el día
que es un siglo en vuestra ausencia.

REY:
Huelgo, señora, de veros.
(Quiero juntar esta puerta [Aparte]
y tomar resolución
en el golfo de mis penas).

REINA:
Con inquietud está el Rey). [Aparte]

REY:
Violante...

REINA:
¿No decís Reina?

REY:
(Vizcaíno es el agravio. [Aparte]
Con dolor no hay elocuencia).
Breves razones: señora,
a Navarra es bien te vuelvas;
luego has de partirte. (Tente, [Aparte]
no te descubras más, lengua).

REINA:

Mal que nunca se previno
hiere, señor, con más fuerza.
Amagos tenéis de rayo,
da la muerte y después truena.
Mudanzas tan de repente
sólo el tiempo las hiciera.
Sólo el mar, varón insigne,
varios semblantes no muestra.
¿Vos con ceño? ¿Vos callando?
¿Vos con profunda tristeza?
¿Vos decirme que me vaya?
¿Qué novedades son éstas?
Si es que os canso, dueño mío,
por esclava humilde vuestra
podéis dejarme en palacio
si no por esposa y Reina.
¿Cuándo al can que se ha criado,
aunque más inútil sea,
se echa de casa, señor?
Mi amor y lealtad merezcan
los privilegios de un bruto.
Si alguna mortal belleza
os da cuidado y amor,
bien sé y estoy satisfecha
de que no os amará tanto,
aunque mayor dicha tenga.
Pues ser ingrato por ser
amante, ¿no es excelencia
en hombre particular?
¡Cuánto más en la grandeza
de un Rey, semejante a Dios
que con justicia gobierna
sus acciones y vasallos!
¡Ea!, señor, resistencia,
resistencia a las pasiones.
Como han estado secretas
hasta agora, proseguid
con el silencio y modestia.
Hija soy de un rey famoso,
de antiguos reyes soy nieta,
no desmerezca por mí.
¡Que dirán ajenas lenguas
de que a modo de repudio
así a mi padre me vuelva
baldonada y ofendida!
Eso no, Dios no lo quiera,

o al menos sepa la causa
por qué, señor, me destierran
vuestros ojos de su luz,
que sin vos todo es tinieblas.

Vuelve las espaldas el REY

¿Por qué, por qué, señor mío?
¿Aun no merezco respuesta?
Morir sin saber de qué,
mal es que no se consuela.
Pues, ¡vive Dios!, que he de ser
en las llamas de esta vela
como Escévola el romano.

Toma una vela con su candelero y amaga a quemar la mano

Abrasar tengo con ella
esta mano o la ocasión
de mis desdichas y penas
tengo de saber de vos,
porque consolada muera.
Ya que lástima no os doy,
horror os daré que pueda
sacar piedad de ese pecho.
Mejor diré de esa piedra.

REY:
Si los ojos abrasaras
como la mano...

Deja la vela

REINA:
No es ésta
palabra de un rey cristiano.
No es hijo de la prudencia
lo que esa razón promete.
Vive el cielo que de estrellas
se corona, y son los ojos
de su luminosa esfera,
que mis pensamientos son
de más gallarda pureza
que sus altos rosicleres.
En llegando a tal ofensa
no hay humildad, no hay amor,

no hay recato, no hay paciencia.
Tigre soy, haré pedazos
cuanto encuentre. Vuestra alteza
enmienda y borre lo dicho
advirtiéndome que a la lengua
con candados de marfil
encerró naturaleza
como a fiero animal. Pues,
si se desata y se suelta
con heridas incurables
en las honras hace presa.
Animal es prodigioso,
su velocidad detenga,
enfrene su curso leve,
hable con tiento y proceda
más advertido y más cuerdo;
porque las palabras nuestras
son ríos que atrás no vuelven
si no es con infamia y mengua
diciendo que hemos mentido.
Mis ojos, con eminencia,
símbolos son del recato.
La nieve, las azucenas,
los rayos del sol no han sido
jeroglíficos y empresas
de la virtud como ellos.
Los que imaginan y piensan
lo contrario son traidores.
¡Qué mucho que me enfurezca,
considerando y sintiendo
los misterios que en sí encierran
palabras que son caballos
preñados de gente griega!
"Si los ojos abrasaras
como la mano..." ¡Revienta
mi pecho cólera y fuego,
es un Mongibelo, un Etna!

Salen a la puerta LEONOR y criados

¡Por los cielos soberanos
que con esa espada diera
muerte a esta vida infeliz
a no saber que se alegra
vuestra alteza con mi daño!
Y aun con esa espada mesma

le diera muerte a no ver
que es acción villana y fea,
que es sacrilegio, atreverse
a aquella deidad inmensa
de los reyes. (Ya me oyeron; [Aparte]
disimulo pues).

Y en esta
confusión yo desperté.
Halléme, señor, sin fuerzas
y sin sueño tan pesado.
¡Qué alegre está quien despierta
de ilusiones y fantasmas!

REY:
(Violante ha estado muy cuerda [Aparte]
disimulando con éstos.
Encubramos las sospechas).

Sale LEONOR

LEONOR:
A las voces he venido
sin saber la ocasión.

REY:
Esta
es piedra contra los sueños.

Dale a la REINA una sortija

Tomadla, pues, y no crean
más en ellos vuestros ojos.

REINA:
(Por disimular la aceptan [Aparte]
mis manos).

REY:
(Y yo la doy [Aparte]
por hacer más experiencias).

Vanse todos

ACTO TERCERO

Salen PORCELLOS, VELA [y] MONGANA

PORCELLOS:

Al fin murió don García
en las prisiones.

VELA:

Ansí
me viene a faltar a mí
la esperanza que tenía.
Sólo ese resquicio abrió
a mi dicha la Fortuna;
ya no hay esperanza alguna.

MONGANA:

Buen ventanazo nos dio.

PORCELLOS:

Si la potencia divina
es quien la fortuna mueve,
desconfiar no se debe
pues donde no se imagina...

MONGANA:

Eso dicen de la liebre.
Donde no piensan saltó,
pero de la dicha, no.

VELA:

Bárbaro, harás que te quiebre
la boca.

PORCELLOS:

Gusto de oílo,
dejadle.

VELA:

Vete de ahí
o calla, Mongana.

MONGANA:

Aquí
trovaré aquel estribillo:
"Oh, terribles agravios

mátanme de hambre y ciérranme los labios".

VELA:

¡Nunca hablaste sin dar pena?

MONGANA:

Cómo de ésas tú me das.

PORCELLOS:

¿Con necesidad estás?

Toma, amigo, una cadena.

MONGANA:

Muy bien se la puedes dar;
ánimale que es cobarde.

Las cuatro son de la tarde
y podemos comulgar
como están mis tripas anchas
a estas horas. Así viva
que puede vender saliva.
¿Hay quién quiera sacar manchas?

PORCELLOS:

Aunque es dádiva del Rey,
¿en quién mejor empleada?

VELA:

La merced es excusada.

PORCELLOS:

Tomarla tienes.

VELA:

Si es ley
obedecer, tuyo he sido.
¡Ah, bellacón!

MONGANA:

¡Qué regalo!
No fue el estribillo malo.
La cadena le ha valido.

PORCELLOS:

Digo, pues, que la desdicha
es vivir desconfiando.
Nadie sabe en qué ni cuándo

ha de venirle la dicha.
¿Cuántos en lo que tuvieron
por dicha su muerte hallaron?
¿Cuántos, cuando no pensaron,
ricos y alegres se vieron?
Don Vela, mientras vivimos
no hay buena ni mala suerte
hasta que llegue la muerte
que es el fin a que nacimos.
Morir bien y a la vejez
es la dicha verdadera
y así el hombre hasta que muera
no puede, no ser jüez
de su mala o buena suerte.
Vivir es dicha. Al morir
la dicha se ha de advertir
si es mala o buena la muerte.
Quien muere bien es dichoso;
quien muere mal desdichado.
Un astrólogo afamado,
aunque siempre fui dudoso
de la judicaria yo,
me dijo, el cielo lo impide,
que seré dichoso en vida
y no en la muerte.

VELA:
Mintió.
Ni te acuerdes, ni lo creas.
Eres varón singular
y así el cielo te ha de dar
aun más vida que deseas.

PORCELLOS: ¡
Sea así para los dos!
Astrólogos no creí.
Vivir bien me toca a mí;
lo demás le toca a Dios.
Que como haya yo vivido
bien creyendo y bien obrando,
muera yo del modo y cuando
el cielo fuere servido.
Voyme a ver al Rey.

Vase [don Diego PORCELLOS]

VELA:
Adiós.

MONGANA:
Ya podrás hacer retablos.
El señor de los diablos
sea bendito; que los dos
quedamos solos. Toquemos
ese divino metal
tras quien va todo animal,
espejo en que todos vemos
nuestras humanas acciones.
¡Oh, cadena hermosa y bella,
si fueran los de Marsella
tus gallardos eslabones!
Pienso que falsa has de ser
porque habiéndote tocado
la mano de un desdichado
alquimia te has de volver.

VELA:
Vete, pues, en hora buena;
que a una persona deseo
hablar, y viene.

MONGANA:
Y aun creo
que has de darle la cadena.
Déjate de esos amores.
Pagar podemos así,
que han de llover sobre mí
tus cansados acreedores
y me habrá de suceder,
temiéndolo estoy por puntos,
lo que a tres ciegos que juntos
rezaban para comer.
Dijo al uno una tapada,
"Tome este escudo, Tomé",
y repártalo, y se fue
no dejando a Tomé nada.
Regocijados deste arte,
los ciegos se concomieron
y sus partes le pidieron,
"Tomé, mi parte, mi parte".
Él juraba a Jesu Cristo
y ninguno le creía,

y hubo ciego que decía,
"Sí, se lo dio, yo lo he visto".
Sin más, ni más intervalos,
confundidos en los modos,
andaban a Palos todos
y se molieron a palos.

VELA:
Vete ya.

MONGANA:
Dime, ¿quién es
la tal dama?

VELA:
Bestia, vete.

MONGANA:
¿Es mondonga? ¿Es del retrete?
Sépallo y muera después.

Vase [MONGANA]. Sale BRIANDA

BRIANDA:
(Vi a don Vela y he venido [Aparte]
como blanca mariposa
sitiando la luz hermosa
que su cuna y tumba ha sido).
Señor, don Vela.

VELA:
Brianda,
aurora de mi consuelo,
iris sacro de mi cielo,
mensajera por quien anda
comunicándose el bien
de mi vida y de mi amor,
dime, ¿cómo está Leonor?

BRIANDA:
Buena y amando también.

VELA:
Dale esta cadena y ruega
que la acepte y en su pecho
la vea yo, satisfecho

de que favor no me niega.
Por la extraordinaria hechura,
ya que no por el valor,
digna ha sido de Leonor.

Dale la cadena

BRIANDA:
Luego la daré.

VELA:
Procura
hacer mis partes.

BRIANDA:
Es cierto.

VELA:
¡Quién te diera un gran tesoro!

Vase [don VELA]

BRIANDA:
En las finezas del oro
de mi amor está encubierto.
Disculpada es mi malicia,
remedio a mi amor prevengo
y ya se verá que tengo
mayor amor que codicia.
La cadena le he de dar.

Sale LEONOR

LEONOR:
Brianda.

BRIANDA:
¿Señora mía?
¿Cómo te va de alegría?
¿Cómo te va de pesar?

LEONOR:
De todo tengo, aunque son
entre mis quejas y amores
las horas tristes mayores.

BRIANDA:

Ansí dice una canción:

"¡Oh, si volasen las horas
del pesar
como las del placer
suelen volar!"

Ésta ha de estarte muy bien.
Ponte al cuello esta cadena.

LEONOR:

¿Quién te la ha dado, que es buena?

BRIANDA:

No me preguntes de quién.

LEONOR:

¡Ay, si de don Diego fue!
No te quiero examinar.

BRIANDA:

(Don Vela se ha de engañar [Aparte]
si la cadena le ve).
También en deuda me estás
de que me voy, porque viene.

Vase [BRIANDA]

LEONOR:

¡Qué mujer tu agrado tiene!
Discretamente te vas.

Sale PORCELLOS

PORCELLOS:

(Aquí me encuentro a Leonor [Aparte]
y con dos afectos lucho.
Mucho es mi respeto, y mucho
es en el alma el amor.
¿Llegaré? Tengo temor
de ofender a la amistad.
¿Callaré? Será crueldad
no explicar mis propios daños.
¿Hablaré? Diráme engaños.
¿Huiré? Tengo voluntad).

LEONOR:

Conde, pasad adelante.
¿Qué teméis ni qué dudáis?
¿Suspense al verme quedáis?
¿Sois acaso aquel amante
que prometió del diamante
la fineza y resplandores,
lo fino de los colores
de la rosa, hija de mayo,
la fortaleza del rayo,
y el amor de los amores?

PORCELLOS:

¿Y sois vos la que ha jurado
ser ejemplo de amistad,
ser lealtad de la lealtad,
ser cuidado del cuidado,
ser el amor de los amado,
ser olvido del olvido,
ser el ser que firme ha sido,
ser muerte de la mudanza,
ser vida de la esperanza?

LEONOR:

Sí, lo juré y lo he cumplido.

PORCELLOS:

Mucho lo dudo, Leonor.

LEONOR: Mucho lo afirmo, don Diego.

No juzga de luz el ciego,
ni el cobarde del valor.
Como en vos faltó el amor,
miráis como por antojos
de color verdes y rojos.
Cuanto objetos se ofrecen
rojos y verdes parecen,
y está el color en los ojos.

PORCELLOS:

Tener más crédito y fe
el hombre que estima y ama,
con lo que dice la dama
que con lo mismo que ve,
no es fineza. Engaño fue
y error del entendimiento
o es la fe de cumplimiento.
Pero yo, que estoy en mí,

si he de creer lo que vi,
he de sentir lo que siento.
Si a mí tu pecho me adora,
eres traidora a mi amigo,
y si a él adoras, conmigo
eres otra vez traidora.
Mira quién eres, señora,
pues que traidora has de ser
con querer o no querer.
Y si a los dos favoreces,
eres traidora dos veces,
eres monstruo y no mujer.
Excusado es el decir
tu ingratitud y mi pena.
Hable por mí esa cadena
que acabas de recibir.
Por mi amigo he de sentir
si a su amor ingrata fueres.
Mira quién soy y quién eres.
Mira los males que espero,
que si no me quieres, muero;
y moriré si me quieres.

LEONOR:

Todo es enigmas y encanto
para más confusión mía;
que ni entiendo tu alegría
ni comprendo tu llanto.
De tus razones me espanto;
no las penetro y así
en mí misma me perdí;
que en lenguaje tan sucinto
me formas un laberinto,
porque no sepa de mí.

PORCELLOS:

Huyo esa voz de sirena
tapándome los oídos.

LEONOR:

Vete, piedra sin sentido.

PORCELLOS:

Si soy piedra, esa cadena
tiene eslabones y ordena
amor, que hiriéndome están,

para que arroje un volcán
y un abismo de centellas.

LEONOR:
¡Para que me abrasen ellas!

PORCELLOS:
Eres nieve; no podrán.

LEONOR:
Eres ingrato.

PORCELLOS:
Tú, infiel.

LEONOR:
ú, falso.

PORCELLOS:
Tú, fementida.

LEONOR:
Mientes, Conde, por tu vida.

PORCELLOS:
Cadena, parque y papel
son testigos.

LEONOR:
¡Ah, crüel!
¡Tanto engaño, tanto enredo!

Sale a la puerta don VELA y escucha

PORCELLOS:
Déjame, Leonor.

LEONOR:
No puedo.

PORCELLOS:
Libre soy.

LEONOR:
Y esclava soy.

PORCELLOS:

¿Cómo, si rabiando voy?

LEONOR:

¿Cómo, si llorando quedo?

PORCELLOS:

Suelta la capa.

LEONOR:

La palma
he de alcanzar.

PORCELLOS:

No podrás.

LEONOR:

¿No vale tu capa más
que un alma? Suéltame el alma.

PORCELLOS:

Engaña el mar con su calma
y tú con esa dulzura.

LEONOR:

¿Cuándo engañó fe tan pura?

PORCELLOS:

Si finge amor.

LEONOR:

Es error;
mas, bien dices, no es amor
el que llega a ser locura.

Vase PORCELLOS sin ver a don VELA

VELA:

¿Esto escucho y vivo estoy?

¿Esto he visto y tengo vida?

Villana falsa, homicida,
tirana del ser que soy,
pues vida me dabas y hoy
desestimás tu nobleza,
tu recato, tu belleza.
Y el alma que yo te di,

¿cómo te lleva tras sí
tu misma naturaleza?
¿Desta suerte? ¿Desta suerte
se premia mi inmenso amor?
Eres símbolo, Leonor,
del engaño y de la muerte.

LEONOR:
Hombre, ¿quién eres? Advierte
con quien hablas, que a mi ver
vienes loco.

VELA:
Puede ser,
que locos hace una pena.
(¡Que trayendo mi cadena, Aparte
esto diga una mujer!)
Si amor a don Diego tienes,
¿cómo me engañas a mí?

LEONOR:
Loco, ¿qué dices?

VELA:
Que vi
en ti amor, en él desdenes.

LEONOR:
Hombre o demonio, ¿a qué vienes?

VELA:
A ver tus muchos engaños.

LEONOR:
¡Qué sucesos tan extraños!

VELA: Los que con el alma toco...

LEONOR: ¡Hola! Echad de aquí este loco.

VELA: ¿Locura son desengaños?

LEONOR. ¡Haréte matar!

VELA: Ya muero
a manos de tus rigores.

LEONOR: ¿Qué dices?

VELA: De los favores
que me diste desespero.

LEONOR: Hombre, vete.

VELA: Oye, áspid fiero.
LEONOR: ¿Quién eres?
VELA: Quien te ha adorado.
LEONOR: ¿Y quién soy?
VELA: Quien me ha negado.
LEONOR: ¿Yo te vi?
VELA: Ni me has de ver.
LEONOR: ¡Qué desdichada mujer!
VELA: ¡Yo sí que soy desdichado!

Vanse, cada uno por su puerta. [Sale MONGANA]

MONGANA: Viéndome desaliñado,
pobre, mal vestido y roto,
¿quién dirá que soy devoto
de saber lo que ha pasado?
Por saber quién es la dama
de don Vela, mi señor,
Conde Claros, con amor,
salto diera de la cama.
A costa de que un soldado
de la guarda me despeje
con sus barbas de hereje,
hasta el jardín he llegado.
¡Por Dios, que la Reina sale!
¡Qué santa mujer! ¡Qué hermosa!
De las flores es la rosa,
más que toda España vale.

[Sale la REINA]

REINA:
¡Hola! Avisad a las damas
que a los jardines me voy.
Si melancólica estoy,
hagan pálidas retamas,

Van saliendo y entrando por otra puerta REINA y damas

hagan cándidos jazmines

lo que el discurso no ha hecho,
mas si el mal está en el pecho,
no hay remedio en los jardines.

Vase [la REINA]

MONGANA:
La Reina es cosa sagrada;
della no puedo saber
quién es aquesta mujer
tan servida y recatada.

Sale LEONOR

A ésta he de llegar primero,
ingeniosa es mi cautela.

(Haciendo reverencias)

Crñado soy de don Vela.

LEONOR:
ues, ¿qué importa majadero?

MONGANA:
(No sois vos, pues respondéis [Aparte]
tan aceda).

Sale ISABELA

LEONOR:
Anda, Isabela.

Vase [LEONOR]

MONGANA: Crñado soy de don Vela.

ISABELA:
Muy buena alaja tenéis.

Vase [ISABELA]

MONGANA:
También me responde mal.

[Sale MARCELA]

Esta se llama Marcela.
Criado soy de don Vela.

MARCELA:
Servís en lindo hospital.

Vase [MARCELA]

MONGANA:
Ésta tampoco ha de ser.

[Sale BRIANDA]

Una esclavilla bufona
sale también y es persona
a quien he de acometer.

BRIANDA:
¡Qué aprisa la Reina va
aun a las damas no espera.

MONGANA:
Mas si aquesta galga fuera...
Pero preso se sabrá.
Criado soy de don Vela,
mi señora.

BRIANDA:
Huélgome, a fe,
de conocerte.

MONGANA:
Ya sé...
(Todo el tiempo lo revela). [Aparte]
que le dais muchos favores.

BRIANDA:
Luego, ¿ya me ha conocido?

MONGANA:
Sí, muy bien y agradecido
está, suspirando amores.

BRIANDA:
Este rubí le has de dar
en albricias que ha gustado

que yo le quiera.

MONGANA:

Doblado

dice que agora ha de amar.

BRIANDA:

Buenas nuevas te dé Dios;
eso mis ojos desean.

Voyme porque no nos vean
solos hablando a los dos.

La sortija es extremada,
tráigala desde hoy por mí.

(A la Reina la cogí. Aparte

Esclava y enamorada,
¿qué no ha de hurtar?)

Vase [BRIANDA]

MONGANA:

Mil cruces

me hago. ¡La perrengue ha sido!

Lindamente lo he sabido
y por lindos arcaduces.

¡Oh, cuánto necio blasona
que dama de partes tiene
y es, cuando a saberse viene,
un punto más que fregona.
Don Vela y don Diego son.

[Salen] VELA y PORCELLOS

PORCELLOS:

Esto, amigo, me ha pasado.

VELA:

De todo estoy admirado.

MONGANA:

Déte más admiración
que sé quién es tu dama.

VELA:

¿Qué dices, loco?

MONGANA:

Que yerra
tu gusto amando a una perra.
Una galga es quien te llama
suyo.

VELA:
¿Y cómo lo has sabido?

MONGANA:
Ella me lo dijo a mí
y te envía este rubí.
Piensa que la has conocido
y que la quieres.

PORCELLOS:
Don Vela,
eso es, sin duda Brianda.
En estos enredos anda.
Suya ha sido la cautela.
No era letra de Leonor,
y aun siempre yo sospeché
que la voz suya no fue.

VELA:
¿Habrá desdicha mayor?
Eché la Fortuna el sello
en perseguirme y burlar.

MONGANA:
El rubí puedes tomar.

VELA:
Ni he de tomarlo ni vello.
A la bufona embustera
se lo vuelve.

MONGANA:
Sí, mañana.

PORCELLOS:
Toma esta bolsa, Mongana,
por ese rubí, y no quiera
caer en la necesidad
de volverlo.

Dale una bolsa y toma el rubí

MONGANA:

No caeré.

PORCELLOS:

Esto se gaste, que fue
atreverse mi amistad,
y en habiéndose gastado,
tú me avisarás después.

VELA:

A quien desdichado es
no hay consuelo ni aun soñado.

PORCELLOS:

En mí he vuelto, corazón;
dame albricias, alma mía.
Tomad toda mi alegría
y dadme una pasión.
Alentad, ojos, deseos;
alentad, no siendo extraños.
No me matéis, desengaños.
Con el placer deteneos.

[Salen la] REINA, LEONOR y MUSICOS

MONGANA:

En estos jardines anda
ya la Reina.

PORCELLOS:

Verdad es.
Retirémonos los tres.

VELA:

¡Que me engañase Brianda!

Vanse aquí [PORCELLOS, don VELA y MONGANA]

REINA:

Desnudó el invierno frío
esas ramas del jazmín,
monarca deste jardín;
y las albas del estío
llorando en él su rocío
restauraron su belleza;

y la arrugada corteza
vio su pompa natural;
y siendo yo racional,
es eterna mi tristeza.
Esa fuente casi helada,
la estación del tiempo fría
calló con melancolía
en sí misma aprisionada.
Vino mayo y desatada
corrió con más ligereza
dando al aire con belleza
martinetes de cristal;
y siendo yo racional
es eterna mi tristeza.
El pajarillo que muerde
esos ramos y esas flores,
cuando copia los colores
de su pluma el campo verde,
la voz rompe, el dolor pierde
que infundió naturaleza
en su viudez, y ansí empieza
su música accidental;
y siendo yo racional,
es eterna mi tristeza.

LEONOR:
Señora, la causa di
de tus tristezas.

REINA:
No sé.

LEONOR:
¿No ha de haber remedio?

REINA:
¿En qué?

LEONOR:
¿Quieres que te canten?

REINA:
Sí.

LEONOR:
Siéntate, pues, y la pena

acaso divertirás.

REINA:

Ya no podrá ser jamás.

LEONOR:

Ponte al cuello esta cadena
que es de labor africana
y no se ha visto en León
tan curiosa perfección.

REINA:

Cualquier medicina es vana.
Leonor, el Rey se ha cansado
de mí; enfadado me mira.
Aragón le ofrece a Elvira
y mi pecho enamorado,
como no tiene otro estudio
sino amar, con impaciencia,
siente más del Rey la ausencia
que la afrenta del repudio.

LEONOR:

Será engaño, cantad.

REINA:

Crece
mi mal si música das;
que al alegre, alegra más
y al triste más le entristece.

MUSICOS:

"Celosa está y ofendida
la gran Reina de Cartago,
porque ha temido la ausencia
de aquel piadoso troyano.
Llorando al fuego se arroja
y las llamas se aumentaron,
porque lágrimas de amor
volcanes son y no llanto".

REINA:

Hizo bien. Encended fuego;
que si en desdichas me abraso
quiero juntar en mi muerte
fuego a fuego, rayo a rayo,

pena a pena, furia a furia.
Pues los cielos me negaron
vida a vida, amor a amor,
gloria a gloria, y labio a labio.

LEONOR:

¿Qué accidente es éste tuyo?

[Salen] el REY Ordoño y un CRIADO dándole un retrato

CRIADO:

Éste es, señor, el retrato
que me pediste de Elvira.
De Zaragoza le traigo.

REY:

Hasme servido muy bien.

[Vase el CRIADO]

(Quiero mirarle despacio; [Aparte]
porque ha de ser de mis penas
el alivio y el reparo.
Si mis sospechas no mueren,
si son ciertos mis agravios,
substitución será hermosa
de aquélla que estoy mirando.
¡Cuánto, cuánto más gallarda
es Violante que ésta! ¡Oh, cuánto
es aquel ángel que temo
más hermoso y más bizarro!
Sombra es ésta de aquel sol,
nube es ésta de aquel rayo,
pero, ¿qué importa mi amor
si el honor está temblando?)

MUSICOS:

"El mar llora dos ejemplos
de amantes, Hero y Leandro,
unidos en una muerte,
en una fe y en un mármol".

REINA:

(¡Dichosos aquellos dos [Aparte]
que fenecieron amando

si eran honestas sus vidas,
si eran sus amores castos!

Levántase furiosa

Dejadme arrojar a mí
sobre los duros peñascos
de ese parque; mas, ¿Qué importa
si no he de encontrar los brazos
de mi esposo?)

Siéntase

REY:

(Las tristezas [Aparte]
de la Reina van pasando
adelante cada día
y yo no me satisfago
de mis dudas. Déme el cielo
la muerte o el desengaño.

Ve la cadena y cáesele el retrato

Pero junto lo estoy viendo;
en su cuello estoy mirando
desengaño y muerte. ¡Ah, cielo,
lo que te pedí me has dado!
¿No es aquélla mi cadena?
Sin vergüenza y sin recato
la trae al pecho, diciendo
que se la dio un hombre falso.
¡Ea! A sentir me retiro.
¡Ea! A reventar me aparto.
Cielo, acabemos con esto.
Muramos, honor, muramos).

Vase [el REY]

BRIANDA:

Mirándote ha estado el Rey
entre esas flores y ramos
y se le cayó en el suelo
un retrato de la mano.

REINA:

Dámele acá, dame luego

ese veneno y letargo
en que duermen mis sentidos.
Idos, todos, retiraos.

LEONOR:
¡Que niegue el Rey a esta fe,
deudas de amor!

Vase [LEONOR]

ISABELA:
¡Qué intervalos
son éstos!

Vase [ISABELA]

BRIANDA:
No los entiendo.
El seso le va faltando.

Vase [BRIANDA. Queda la REINA sola]

REINA:
Elvira, entremos en cuenta
las dos agora, y sepamos
yo tu bien y tú mi mal,
yo tu dicha y tú mi agravio.
Más hermosa eres que yo,
no lo niego, pero, ¿cuándo
no es la hermosura infeliz?
Ejemplos tenemos raros,
Naturaleza y Fortuna
usan efectos contrarios;
al dar belleza, al dar dicha,
las dos nos truecan las manos.

Aquí sale el REY a la puerta y escucha

Elvira, escarmienta en mí;
que me he visto en el estado
que has de tener, y has de verte
en el que yo estoy llorando.
¡Dichosa tú que tendrás,
cuando lleguen los trabajos
de tu espíritu, consuelo
en lo que a mí me ha pasado.

Hallarás en mí un ejemplo
de fe, de amor, de recato,
desdichas y más desdichas.
Unas tengo, otras aguardo.
Mira, Elvira, que al Rey quieras.
Sólo anhele tu cuidado
por amarle como yo,
pero no podrá ser tanto;
mas, ¿cómo tengo paciencia
para mirarte despacio
y para darte consejos
contra mí que en hielos ardo,
contra mí que en llamas hielo,
pensamientos soberanos,
deseos no conocidos,
y amores nunca estimados?
Plega al cielo que yo vea
al dueño deste traslado
con los áspides que agora
el alma me están chupando.
Plega al cielo que yo goce
las quejas y desengaños
que tendrá.

REY:
¿Qué es esto?

REINA:
Nada.
Tomad allí ese retrato.

Vase [la REINA]

REY:
Cuando a buscarle venía
sospechas y dudas hallo
que me contrastan del modo
que suelen vientos contrarios
impeler y detener
un bajel que zozobrando
se ve en ondas de zafir,
se ve en montes de alabastro.
Vi la cadena y oí
palabras que eran regalos
del amor más verdadero
del corazón más humano.

¿Preguntaré quién la dio?
"He de andar averiguando,
como hombre vil, mis injurias?
No han de salir de mis labios.

[Sale PORCELLOS]

PORCELLOS:
Horas ha que no te he visto.
Dame, gran señor, la mano;
que el día que no la beso
estoy tan desazonado
que de nada siento gusto.

REY:
Toma, don Diego, los brazos.

PORCELLOS:
Sin la mano no hay favor
que me satisfaga.

REY:
Extraños
son tus modos de obligarme.

Dale la mano y ve el rubí

(¿Pero qué he visto, qué vaso [Aparte]
de veneno estoy bebiendo
en el rubí que le he dado
a la Reina? Mis dos joyas
como amantes se trocaron.
¿Qué más desengaños quiero?
Bastan, honor, estos cargos;
que agraviado me doy
cuando basta sospecharlo).
Don Diego, venid conmigo.

PORCELLOS:
Siempre seguiré tus pasos.

REY:
A las doce de la noche
en esta puerta os aguardo.

[Vanse los dos. Salen] al balcón LEONOR y BRIANDA

LEONOR:

Bríanda, en este balcón
ya que la noche ha venido
espero restituído
a mi pecho el corazón.
Hablarne quiere don Diego;
repetir querrá sus quejas
y así he venido a estas rejas
con algún desasosiego.
Darle pretendo un favor
si viene como solía.
Vea a traer, Bríanda mía,
una banda de color.

BRIANDA:

Huelgo, señora, que estés
alegre; también lo estoy,
pero por la banda voy,
yo te lo diré después.

Vase [BRIANDA]

LEONOR:

Vengas, ¡oh, noche!, en buena hora.
Si amor me da sus favores,
tus estrellas serán flores,
tu oscuridad será aurora.

[Salen] PORCELLOS y CARRASCO

PORCELLOS:

Carrasco, vuélvete a casa.

CARRASCO:

¿Cómo te puedo dejar?

PORCELLOS:

Sólo esta noche he de andar.
No has de saber lo que pasa.
Mira que me enojaré
si no te vas.

CARRASCO:

Tuyo soy.
(Aunque finjo que me voy, [Aparte])

en este parque podré
esperar, que soy leal).

Pónese un lienzo en la cabeza; recuéstase, la cabeza en
la capa

y aun puedo estar reposando,
porque él suelo estar hablando
una noche natural.
Aquí me tiendo y él hable
cuanto le venga a la boca.

LEONOR:
¿Quién a nuestras rejas toca?

PORCELLOS:
(Ella respondió. Notable [Aparte]
es su cuidado). Leonor,
¿quién se pudiera atrever
a estas rejas a no ser
animado de mi amor?

LEONOR:
¡Ay, Conde, gracias al cielo
que más apacible vienes!

PORCELLOS:
Razón de culparme tienes.

LEONOR:
Habla paso.

PORCELLOS:
No hay recelo
ya en mi amor, que el Rey me dijo
que tú mi dueño has de ser.

LEONOR:
¡Oh, qué dichosa mujer!

PORCELLOS:
¡Oh, qué inmenso regocijo!

Sale MONGANA

MONGANA:

Siguiendo voy y acechando
este bellacón que muero
por vengarme. Como un cuero
está durmiendo y roncando.
Ya una burla le prevengo;
que como aprendo a escribir
mi tintero ha de venir
siempre aquí. Si de él me vengo
seré un famoso varón
aunque esto será barato
con que cuelguen mi retrato
en alguna procesión.

Hace lo que dicen los versos

Tinta la echo en las dos manos
pues las tiene tan tendidas.
¡Oh, véalas yo mordidas
de dos hambrientos alanos!

PORCELLOS:

¿Tal, señora, has de decir?
Daránme gran desconsuelo
tus temores. ¡Vive el cielo!,
que he de amarte hasta morir.

LEONOR:

Y yo, Conde, he de quererte
hasta que deje de ser,
y aun mi amor ha de exceder
los términos de la muerte.

Pica MONGANA con una canilla a CARRASCO en la cara y él se
tiñe

MONGANA:

Vos mismo seréis, Carrasco,
quien la burla os haga ansí.
¿Pica la mosca? Eso sí.
Eso será untar el casco.
¡Oh, si un áspid le picara!
No está otra mano segura.
Déte el cielo la ventura
como te pones la cara.
El se pone negro y fiero,
borracho debe de estar,

pues no acierta a despertar.
Espada, capa y sombrero
cobré ya. No ha de dormir

(Quítale espada, sombrero y capa)

quien tiene enemigos, loco.
Otra vez le pico y toco.
Acábase de teñir.

Vase [MONGANA]

PORCELLOS:

¿Cómo he de irme sin señal
de tan verdadero amor?
¿Cómo he de irme sin favor
que hacerme pueda inmortal?

LEONOR:

No os iréis. Dame esa banda
azul que el alma me alegra.
¡Ay, que la arrojé y es negra!
¡Oh, qué necia estás Brianda!

PORCELLOS:

¿Qué importa el negro color?
Ningún agujero me muestra
que en el haber sido vuestra
está, señora, el favor.

LEONOR:

Adiós, Conde, hasta mañana.
¡Que volváis a ser el día
de mi luz y mi alegría!

Vanse [LEONOR y BRIANDA]

PORCELLOS:

Vos, el alba soberana.
¡Oh, banda, lo que he estimado
teneros por prenda hermosa
de la que ha de ser mi esposa!
Vuestro color no ha turbado
mi esperanza y mi alegría
que la noche es negra y fea
y el amante la desea

más que el rosicler del día.
¿Quién es? ¿Qué gente?

CARRASCO:

Ninguna.

¡Ay, que sin espada estoy!

PORCELLOS:

¿Quién eres, hombre?

CARRASCO:

(¿Quién soy [Aparte]
no conoce haciendo luna?)

PORCELLOS:

¿Eres sombra o monstruo feo?

CARRASCO:

(Pues que no me ha conocido, [Aparte]
quiero callar).

PORCELLOS:

Negro ha sido
esta noche cuanto veo.

CARRASCO:

(Él me mandó que me fuese; [Aparte]
no quiero enojarlo m s).

Vase [CARRASCO]

PORCELLOS:

¿Cómo callando te vas?
Pero, ¿qué recelo es éste,
corazón? Negro sería
que estaba durmiendo aquí.
Nunca en agüeros creí.
Dios es quien todo lo guía.
Porque el mundo engaña y miente,
bien es que algunas señales
han precedido a los males,
pero todo es accidente.
Muerte y vida Dios las da.
No hay potencia humana cierta.
Las doce son y la puerta
siento abrir. El Rey será.

[Sale el REY]

REY:
¿Es el Conde?

PORCELLOS:
Sí, señor.

REY:
¿Venís sólo?

PORCELLOS:
Sólo vengo.

REY:
Esperad un rato.

Vase [el REY]

PORCELLOS:
Tengo
un linaje de temor
que no entiendo. ¿Para qué
sólo a estas horas y aquí
me quiere el Rey? Pero, ¿a mí
qué me importa? No lo sé;
ni es bien saberlo. Esperar
me toca y obedecer.
Misterio el Rey ha de ser.

Siéntase

No se debe escudriñar.
Pero esta melancolía,
este cuidado y temor,
¿qué serán? De nuestro humor
no se ha de hacer profecía.
¿Qué han de ser? Afectos vanos,
pasiones de ánimo errantes,
porque nunca están constantes
los pensamientos humanos.
Si el Rey me mira estos días
con semblante diferente,
luego causa suficiente
tienen mis melancolías.

Si mi dicha se ha cansado,
cosas ordinarias son;
que tienen declinación
las que llegan a su estado.
Enemigos ni envidiosos
no tengo. Vanos temores,
dejadme, que ni hay traidores
en palacio, no hay quejosos.
Yo sirvo bien, vivo bien,
justo es el Rey, yo leal,
pues, ¿por qué recelo mal?
Si es amago, si es vaivén
de la Fortuna, ¿qué importa?
Cáñese, injurias ofrezca
como yo no las merezca.
La vida más larga corta
parece cuando el morir
llega con pálido ceño.,
La tristeza engendra sueño;
seguro podré dormir.

[Duérmese PORCELLOS, sale el REY]

REY:
Pasos son de un desdichado
éstos que doy, pues deseo
tener piedad y me veo
a ser crüel obligado.
Tan obediente y leal
siempre el Conde me ha servido,
que aunque me juzgo ofendido,
no le puedo querer mal.
Descuidado su durmió.
Mucho hay aquí que decir.
¿Seguro puede dormir
quien a un rey ofende? No.
Ilusiones son y antojos
mis sospechas. La traición
dicen que es como el león
que no cierra bien los ojos.
Éste duerme descuidado,
sin recelos, sin temor.
¿Cómo puede ser traidor
un corazón sosegado?
Casi temo, yo lo deajo,
¿pero si son vehementes

los indicios? Piedad, mientes.
Con razón me ofendo y quejo.
Conde, amigo, si por dicha
eres leal, recto soy
cuando la muerte te doy.
Quéjate de tu desdicha.

Sácale la espada, dale con la daga. Él se defiende con
la silla y el REY le riñe

PORCELLOS:
Válgame Dios, ¿quién da muerte
a un inocente?

REY:
Un Rey justo
que te mata con disgusto
y con dolor más fuerte
que el morir.

PORCELLOS:
Señor, señor,
ten piedad. No te ofendí.
¿Tú mismo me matas?

REY:
Sí,
y en esto se ve mi amor;
que no quiero que ninguno
sepa que traidor has sido,
ni que yo estoy ofendido.
Y aunque vivo queda el uno,
de dos que saben lo cierto,
singular testigo es,
y yo moriré después
de pena de verte muerto.

PORCELLOS:
Mi señor, ya siento más
en ansias tan infelices
las palabras que me dices
que la muerte que me das.
¿Traidor, don Diego Porcellos?
No puede ser. Desdichado,
eso sí, pues levantado
se vio en los cielos y dellos

tú me has dejado caer
para desdicha mayor.
¿En qué te ofendí, señor?
¡Vive Dios!, que él ha de ser
quien descubra mi lealtad,
quien me dé al morir paciencia,
quien ampare mi inocencia,
pues es la misma verdad.
Tener espada quisiera
para rendirla a tus pies,
no por defenderme; que es,
cuando tú gustas que muera,
la defensa una traición.
Culpado debo de estar,
pues tú me quieres matar
siendo tan recto varón.
Culpado seré, sin duda,
pero no sé en qué, señor.
¿Cómo, dice, tanto amor
en tanto rigor se muda?
Por ser tu hechura, ¡ay, de mí!,
lástima darte pudiera
verme deshacer. ¿Quién fuera
pobre hidalgo como fui?
Tres cosas son las que hoy
te encomiendo, si te obligo;
mi honra, mi cuerpo y mi amigo,
porque el alma a Dios la doy.
Y muriendo desta suerte
mi dicha no tuvo efeto.
¡Qué proverbio tan discreto!
No hay dicha ni desdicha hasta la muerte.

Cae detrás del paño

REY:

¡Ay, leyes del mundo! ¡Ah, sabios!
¿Cómo no enmendáis las leyes
que deben también los reyes
vengar así sus agravios?
Mas no deben; yo lo hice,
porque esté secreto así.
¡Ay, miserable de ti!
¡Ay, venturoso infelice!
No ha de haber ojos que crean
que yo le quise matar.

Prevenidos han de estar
los que importa que esto vean.

Salen LEONOR, REINA y BRIANDA con una luz

¡Hola!

LEONOR:

¿Qué quieres, señor?

Rumor de espadas sentí.

REINA: Señor, ¿vos estáis así?

¿Vos ministro del rigor?

¿Para esto me habéis mandado
venir aquí?

REY:

Mirad luego;

(aquí se turba) a Don Diego.

LEONOR: ¡Ay, corazón desdichado!

¡Ay, mi esposo! ¡Ay, dueño mío!

¡Ay, caballero leal!

¿Quién te ha dado muerte tal?

REY:

¿Qué dices?

LEONOR:

De mi albedrío

era dueño, y yo del suyo.

A mi esposo me han quitado.

REY:

Luego, ¿él te quiso?

[A LEONOR]

REINA:

Ha mostrado

gran flaqueza el pecho tuyo.

Si cuando yo te noté

aquel papel se le diera,

tu amor ocasión no fuera

de la flaqueza que ve

el Rey en ti. Tú, Leonor,

¿has de decir que has tenido

amor? Si piedad ha sido,

¿por qué la llamas amor?
Lástima decir podías,
de lástimas. Pero no...
que si la muerte el Rey le dio,
fueran las lágrimas pías
injustas. El Rey lo ha hecho.
Justicia debió de ser.
Él es Rey y tú mujer.
Ten valor, sosiego el pecho.
Esta cadena me has dado
que a ti el Conde te la dio.
No quiero cadena yo
de un hombre tan desdichado
o tan traidor. Toma pues
tu cadena. Y vos, señor,
oíd aparte, y Leonor
por osada y descortés
no me tendrá si me escucha.
¿Vos crüel y vos tirano?
¿Vos matáis por vuestra mano?
Esa indignidad es mucha.
¿No podíades mandar
que lo matasen si había
hecho alguna alevosía?
Y, ¿qué delito fue amar
a Leonor para dar muerte
a un hombre que os ha servido
con tal amor, y que ha sido
de un león bramido fuerte?
¡Ea, señor! ¿Qué dirán
las historias de Castilla
si vuestra misma cuchilla
corta los cuellos que están
sirviéndoos con tal cuidado?

REY:

Señora, ¿qué es de un rubí
que en prendas de amor os di?

REINA:

Esa esclavilla lo ha hurtado;
ella dirá a quien lo dio.

REY:

Dilo.

BRIANDA:

Señor, la verdad
es que tuve voluntad
a don Vela y me engañó
el diablo y yo se le di.

REY:

¡Válgame Dios, y qué extraños
son del hombre los engaños!
¡Ay, infelice de mí!
¡Que di la muerte a un amigo!
Mi error a furia provoca.
Tú eres Reina, a ti te toca
darme un ejemplar castigo.
Toma esa espada, da muerte
a un homicida crüel
del vasallo más fiel.
No viva, no, desta suerte
hombre que para callar
sus sospechas no inquirió
la verdad y se engañó.

REINA:

Yo mi vida os he de dar,
no la muerte.

[Sale don VELA]

REY:

Entre, don Vela,
a quien llamar he mandado.
Ya no serás desdichado
si es que el cielo te consuela.
A ese varón heredaste
sus títulos y su renta,
sus oficios y a mi cuenta
quedas siempre, porque amaste
al que mató esa cuchilla.
A fe que han de hacer mención
de Ordoño, Rey de León,
los anales de Castilla.

REINA:

Don Vela ha de dar la mano
a Leonor, pues es trasunto
de ese infelice difunto

a quien, no el rigor tirano
sino su misma desdicha
dio la muerte.

VELA:

Yo no sé
cómo he de vivir si hallé
mayor desdicha en la dicha.

REY:

Tú has mejorado la suerte.
Murió un hombre sin segundo
y así se ve que en el mundo
no hay dicha ni desdicha hasta la muerte.

FIN DE LA COMEDIA